

La Esfera



Año II * Núm. 74

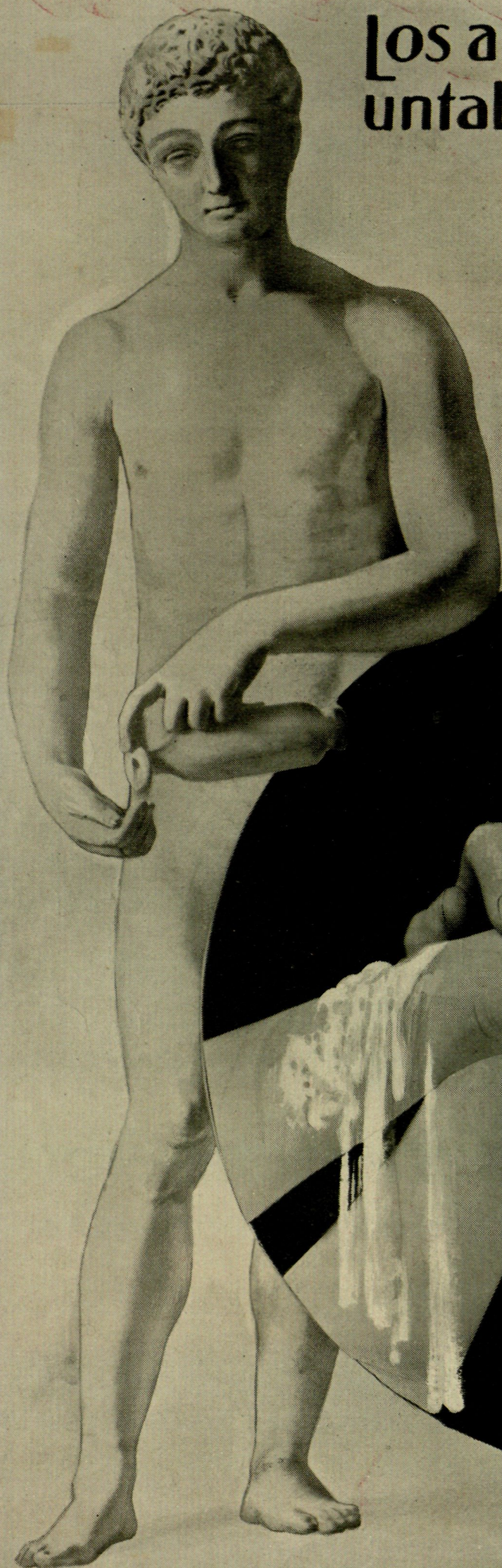
Precio: 50 cénts.



TIPO ANDALUZ, por Benedito

Los antiguos atletas se
untaban la piel con aceite.

Los elegantes
modernos suavizan
la epidermis con
jabón
HENO de PRAVIA



La Esfera

Año II.—Núm. 74

29 de Mayo de 1915

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



EL ALMIRANTE VON TIRPITZ
Organizador de la Marina de guerra alemana

Biblioteca de Comunicación
DIBUJO DE GAMONAL

DE LA VIDA QUE PASA



Entierro de algunas de las víctimas del "Lusitania" en el Cementerio de Queenstown

FOT. HUGELMANN

EL DESPERTAR DE LA HUMANIDAD

Por primera vez, desde que empezó la guerra, los alemanes han tenido que expresar remordimiento por uno de sus actos. Ante la actitud del pueblo norteamericano, el Gobierno de Berlín ha declarado que: «aunque el hundimiento del *Lusitania* había sido deliberadamente preparado, la pérdida de vidas había acontecido por mala ejecución de las órdenes ó por un error de parte de un oficial del submarino alemán».

Así ha dicho uno de los miembros de la Embajada de Alemania en Washington. Ni por el fusilamiento de prisioneros, ni por las matanzas de pacíficos belgas, ni por la devastación del país belga, ni por el empleo de gases asfixiantes, ni por el envenenamiento de pozos en el África del Sudoeste, había dado Alemania ninguna clase de satisfacciones á la conciencia de nuestra común humanidad.

Pero al alzarse en grito unánime de indignación el pueblo de los Estados Unidos contra la muerte de los compatriotas que navegaban en el *Lusitania*, el Gobierno de Alemania se ha arrepentido de las manifestaciones de júbilo con que había acogido las primeras noticias del hundimiento del *Lusitania*, y, por primera vez, ha dado explicaciones, aunque todavía no puedan considerarse como satisfactorias las palabras copiadas.

Al publicarse estas cuartillas será ya conocida la respuesta de Berlín á la nota de Washington. La nota es contundente. En ella se dice que «el Gobierno norteamericano no dejará de emplear ningún recurso, diplomático ó no, para obtener sumisión (*compliance*)».

Es decir, el Gobierno de Washington pide al de Berlín que se someta á sus reclamaciones. Nunca se habrá hablado en palabras tan enérgicas al Imperio alemán. Y los puntos en los cuales el Gobierno de Washington exige sumisión con los siguientes:

1.º Reparación financiera por la sangre vertida, aunque ningún dinero pueda restaurar las vidas sacrificadas en el *Lusitania* y en otros barcos.

2.º Reconocimiento del derecho de los neutrales á viajar por los mares en barcos beligerantes ó neutrales.

3.º Garantía de que esos derechos serán respetados y de que no se volverá á atacar barcos mercantes que lleven ciudadanos pacíficos.

Y 4.º Declaración solemne de que no era in-

tención del Gobierno alemán destruir vidas inocentes, de que los comandantes de los submarinos alemanes han cumplido mal sus órdenes, con las pruebas de que así ha sido y con el resultado de que cese en absoluto la comisión de actos semejantes.

Medite el lector en la importancia de estas reclamaciones y comprenderá que equivalen á un «ultimatum» para que los submarinos alemanes cesen en sus ataques á los barcos mercantes. Si no cesaran, el Gobierno norteamericano queda comprometido en esta nota á obligar á los alemanes á entender sus razones por todos los recursos «diplomáticos ó no».

En otras palabras: ó el Gobierno alemán suspende la táctica de sus submarinos tal como la anunció al proclamar el bloqueo naval que empezó el 18 de Febrero, ó el Gobierno de Washington le declara la guerra, lo cual significa para Alemania el tener que habérselas con otra gran escuadra, con la nación más rica del mundo y con la que tiene más desarrolladas las industrias siderúrgicas, tan importantes en esta guerra.

Es verdad que los Estados Unidos carecen actualmente de ejército, pero no carecen de tradición militar, ni de los medios de crear un ejército. También carecían de ejército en la guerra antiesclavista, y sin embargo, constituye una de las guerras clásicas que se estudian con más afán en las Academias militares de todo el mundo.

Y ahora, una palabra de comentario. En esa nota, que es en realidad un «ultimatum» al que sólo falta la fijación de plazo, ha culminado el pacifismo del presidente Wilson.

Todavía á las pocas horas de saber la noticia del hundimiento del *Lusitania* declaraba en un discurso el presidente Wilson que: «cabe ser demasiado orgulloso para pelear.» Pero poco después añadía el Presidente, que al pronunciar esa frase no se refería al *Lusitania*. Lo probable es que el Wilson había concebido la frase con anterioridad á lo del *Lusitania* y que luego, en el calor del discurso, se le subió á los labios y no tuvo la fuerza de callársela.

Esa frase, en efecto, marcaba toda la política del Presidente hasta hace tres días. Es la frase representativa del pacifismo. El pacifista es un hombre que se envuelve, como en una capa, en el imperativo categórico y se figura que con cerrar los ojos á las realidades, ya se curarán éstas de sus impurezas.

Solo que el sentimiento del pueblo norteamericano se ha impuesto esta vez al pobre dogmatismo de su Presidente. El *World*, periódico que venía apoyando la actitud presidencial, ha visto clara la posición y la ha descrito en estas palabras:

«Estamos negociando con Alemania ahora como Inglaterra negociaba hace un año. Estamos debidamente avisados de sus propósitos. Conocemos sus métodos. Si cedemos, Alemania avanza. Si nos mantenemos firmes, Alemania cede. La substancia del prusianismo es la fuerza. Obediente á ella en su política interior, es la única cosa que la exterior respeta. El prusianismo cedió un poco ayer, y cederá mucho más si ve que tiene que afrontar á una nación que tiene tanta sangre y tanto hierro como él.»

Hace muchos meses que Alemania habría retrocedido en su camino de locura, si los neutrales hubieran protestado con la energía necesaria contra la violación sistemática de todas las Convenciones de La Haya.

Si el 1.º de Agosto el Presidente Wilson, como jefe del más poderoso de los países neutrales, hubiese amonestado á los beligerantes para amenazarles con su intervención armada en caso de violar las Convenciones de La Haya, si al mismo tiempo hubiese convocado á todos los Gobiernos de los países neutrales para secundar su actitud, y si ante la violación de la neutralidad de Bélgica el Gobierno de Washington hubiese comenzado á armar á sus ciudadanos y á preparar ejércitos, no estaríamos á la fecha, como estamos, amenazados de que toda la civilización humana perezca en la barbarie.

En vez de embozarse en su imperativo categórico, debió el Presidente Wilson haber enarbolado la santa lanza de nuestro señor Don Quijote.

Solo que nunca es tarde. Por mucho que trata de adormilarse en sueños pacifistas, la conciencia de nuestra común humanidad tantos golpes está recibiendo en el hundimiento sin aviso de barcos mercantes, en el fusilamiento de prisioneros y pacíficos, en el envenenamiento de pozos y en el empleo de gases asfixiantes, que, al cabo, no tendrán más remedio los neutrales que despertar y aperebirse á la defensa de las Convenciones de La Haya.

Biblioteca de Comunicación
i Hemeroteca General

RAMIRO DE MAEZTU

Londres, Mayo 1915.

LOS CUADROS DE GÉNERO EN LA EXPOSICIÓN



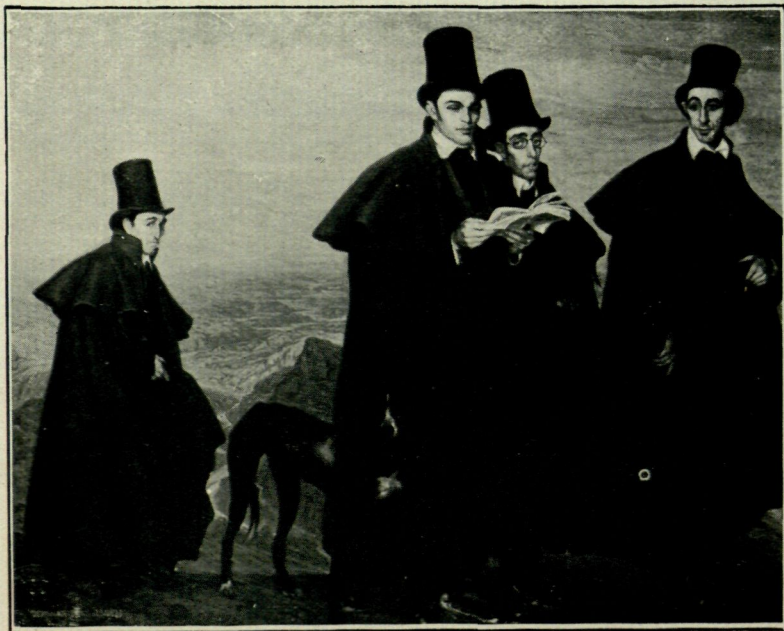
"Floreal", cuadro de José Pinazo Martínez

No suelen distinguirse nuestros artistas por la riqueza imaginativa. Buscando unos el españolismo colorista más ó menos influidos por Zuloaga, limitándose otros á reunir varias figuras en actitudes y composición de un retrato, procuran-

do los menos, simplemente, acordes cromáticos ó lo que Camille Maclair exige al cuadro *le développement en arabesque d'une couleur*, es lo cierto que no abundan en esta Exposición, como no abundaban en las anteriores, los lienzos en que

además de la maestría técnica, se vea la riqueza imaginativa, la cultura, incluso la sensibilidad del pintor.

Esto es una decadencia ideológica, frente al renacimiento técnico. Los pintores españoles saben casi



"Los seminaristas de Vich", cuadro de Julio Moisés



"Cazadores furtivos", cuadro de Adelardo Covarsí



"Preludio", cuadro de Leandro Oroz



"Unidos por el pensamiento", fragmento del triptico de A. Alcalá Galiano

todos pintar bien; acaso podamos contar con los dedos de una mano los que además de pintar bien saben pensar y saben comprender la parte de intervención social que les corresponde en la evolución de su época.

Así se da el caso de que, a la manera de los empresarios zonzos, los faranduleros y los que hacen crítica de teatro como podían tocar la ocarina, se califica de literatura a aquellos cuadros donde adivinamos un espíritu rico en ideas, como se dice «teatro literario» al que no pueden hacer los más populares dramaturgos contemporáneos.

Claro es que esto tiene la ventaja de evitar aquellos lienzos enormes llamados «de medalla» y la otra ventaja de que desaparecieran los cuadros históricos, semejantes a los que infestan nuestro museo de Arte Moderno.

Claro también, que entre un buen retrato ó un excelente paisaje y un cuadro de asunto mediocre, la elección no es dudosa.

Por eso lo más interesante de esta Exposición son, en primer lugar, los retratos y los paisajes que pudiéramos llamar «puros» y en segundo lugar, los cuadros en que el asunto apenas tiene importancia por haberlo elegido el autor ya de antemano: banal y baladí con el propósito únicamente de representar varios tipos característicos ó dar una emoción de paisaje.

ooo

Cuando se publiquen estos comentarios ya serán conocidos los premios. Cuando los escribimos todavía faltan algunos días para que sea pública la calificación. No creemos, sin embargo, disientan mucho nuestras preferencias de las del Jurado. Casi todos los cuadros reproducidos en LA ESFERA ó mencionados hoy, obtendrán primera, segunda y tercera medalla seguramente. Por lo menos nosotros los consideramos como los mejores, sin que la falta de espacio nos permita consagrarles toda la extensión que merecen.

Joaquín Mir, el admirable paisajista, el «enfermo de idealismo», autor de tantos cuadros bellísimos, nos ha sorprendido este año con cuatro obras dignas de su historia y de su temperamento. De los paisajes se hablará en el artículo correspondiente. De los cuadros de figura el más notable es el titulado *Las viejas de la Ermita*, pintado de un modo amplio y al mismo tiempo reconcentrado de alma, que causa imborrable emoción. No sólo me parece éste uno de los mejores cuadros de Mir, sino también uno de los mejores de la Exposición.

Como lo son, indiscutiblemente, los de los hermanos Zubiaurre. La personalidad romántica, la energía técnica de estos dos grandes artistas, se manifiesta más clara que nunca en los lienzos *Por las víctimas del mar*, de Valentín, y *Los remeros vencedores de Ondárroa*, de Ramón. Acusan, además, ambos lienzos la indudable diferencia de personalidades de los dos hermanos, aun dentro de la semejanza de procedimiento y de la elección de asuntos. *Los remeros de Ondárroa* es un cuadro bellamente decorativo y rebotante de luminosidad. *Por las víctimas del mar*, causa la sensación melancólica que el autor se propuso. Todo en este cuadro es de una fuerza representativa enorme. Esas figuras dolorosas, de un primitivismo ingenuo y resignado, son maravillosos intérpretes de la raza vasca, hija del mar y de los montes...

Floreál, de Pinazo Martínez, responde también a la orientación admirable del gran pintor valenciano.

Pinazo Martínez es, entre nuestros pintores, el que da siempre notas más armoniosas, exquisitas, más ajustadas al buen gusto y a la verdadera aris-

toeracia del color. Tal vez no sea *Floreál* su cuadro mejor. Tal vez le sobre un poco de brillantez, esta brillantez que da idea de esmaltes, de perfumes penetrantes, de zumos de frutos bajo el sol, de «matices demasiados barnizados». No importa, sin embargo; el conjunto es alegre y tiene un grato ritmo de vida y de belleza. Hay, además, aciertos rotundos, definitivos, como la figura de la niña. ¡Oh! En esto el arte de Pinazo alcanza cumbres inaccesibles para los demás pintores. Es el pintor de las carnes juveniles, de las telas ricas, de los cielos luminosos, de las joyas, de las flores, de los campos iluminados de primavera...

Ventura Alvarez Sala presenta un cuadro honrado, concienzudo, en el sentido un poco vulgarista de ambas calificaciones. Nos recuerda exposiciones pretéritas, incluso por el título de su obra, *El pan nuestro de cada día*, algo sensiblero. Sin embargo, dentro de la manera característica del notable pintor asturiano, ajustado a su paleta un poco sorda, el cuadro nos parece lo mejor que ha pintado. Claro que nunca para una primera medalla y menos en competencia con Joaquín Mir; pero hay aciertos aislados que contribuyen al conjunto, si no perfecto, por lo menos agradable.

Leandro Oroz presenta dos cuadros: *Preludio* y *Rosita*. Ambas obras, tan opuestas entre sí, acusan un gran temperamento de pintor, como antes ya sabíamos de él un gran temperamento de aguafuertista. *Rosita* es superior a *Preludio*, sin que esto indique otra inferioridad de la segunda obra que la relativa entre dos cuadros bellos de un mismo artista. *Preludio* es una nota placida, suave, sutilmente evocadora y envuelta en una divina imprecisión de encanto; *Rosita* es un desnudo vigorosamente dibujado—Oroz es un formidable dibujante—y de una perfecta justeza de color. Acaso no haya en toda la sección de pintura otro desnudo más que *La Mirabella*, de Beltrán—tan diferente de técnica y de modelo—capaz de competir con este admirable de *Rosita*.

Francisco Marín Bagües expone dos cuadros: *Los comprometidos de Caspe* y *El Pan bendito*. Mucho más interesante y notable el primero. Hay un gran dominio del color y una correctísima seguridad de dibujo en *Los comprometidos*. Tiene cabezas de sobrio realismo y va de un tono a otro con una sabia relación de valores.

No puede pasar en silencio el nombre de Eugenio Hermoso. Pero sus cuadros no pueden tampoco merecernos el más pequeño elogio. Tratándose de él, naturalmente. A otro que



"Carmencita, la Gitanilla", cuadro de M. Villegas Brieva



"Intimidad", cuadro de Félix Mestres Borrell



"Cristo de Casal-Dourado", cuadro de Carlos Sobrino Buhigas

no hubiese pintado *La Juma, la Rufa y sus amigas*, se le podría consentir *Para el manto de la Virgen* presentado ahora. A Eugenio Hermoso, tan admirable como artista y como técnico otras veces, no. En cambio, los dos retratos de muchacha son dos aciertos bastante notables.

Adelardo Covarsi, además de un retrato admirable titulado *El guarda del Coto*, expone otro cuadro bien compuesto, bien resuelto y muy grato de colorido: *Cazadores furtivos en la raya de Portugal*. Ratifica con él su historia brillante.

Sobrino Buhigas y Alfonso Castellao dan dos aspectos distintos, pero ambos exactísimos y de una fuerza artística muy notable de la vida gallega, en *El Cristo de Casal-Dourado* y *Cuento de Ciegos* respectivamente.

El cuadro de Félix Mestres *Intimidad* es tal vez una de las obras más encantadoras de la Exposición, impregnada como está de elegancia, de ternura, de sutil idealismo.

Debemos citar también *Descansando* y *Comiendo en la lancha*, dos notas admirabilísimas y personalísimas del ilus-

tre Martínez Cubells. *Los seminaristas de Vich*, de Julio Moisés, el joven maestro autor de tantos retratos admirables, que ha logrado dar una nota justa y muy agradable de paisaje, en el que se recortan las figuras; *Adoración de los pastores*, de Julio del Val, muy dentro de la tradición pictórica del

asunto; *Las presidentas*, de Urquiola, muestra de pintura sincera y honrada, aunque un poco trivial de composición; *Dolor*, de Vázquez Díaz, que fué uno de los éxitos del último Salón de París; *Pleamar*, de Cecilio Plá; *La capilla de Osuna*, de Cruz Herrera; *La buenaventura*, de Cardona; *El niño arquero*, de Néstor; *Un día más*, de Medina Vera; *Unidos por el pensamiento*, de Alcalá Galiano; *Carmencita, la Gitanilla*, de Manuel Villegas Brieva; *La copla*, de Fernández Ardavín; *Ritmo y Armonía*, de Ramírez Montesiños, muy modernos y decorativos; *El Hogar*, de Víctor Moya; *Venus y Adonis*, de Tuset; *A la fiesta*, de Mongrell; *Vendedora de cacharros*, de Hurtado de Mendoza, y *Un consejo*, de Mauro Ortiz.



"Las presidentas", cuadro de Eduardo Urquiola

SILVIO LAGO



"Cuento de ciegos", tríptico de Alfonso R. Castellao

LAS MAYAS



"Las Mayas", cuadro de Joaquín Llovera, representando la fiesta de la Cruz de Mayo en el siglo XVIII

DESDE hace dos años ha resurgido la fiesta de las Mayas, desaparecida en el último tercio del pasado siglo. Las más bellas actrices, las más celebradas tonadilleras y danzarinas, junto con las garbosas menestralas, se envuelven en la clásica mantilla, y piden para los tuberculosos pobres. Ha sido una gentil idea ésta, de resucitar la castiza Cruz de Mayo.

Fué costumbre añeja y de origen obscuro la de plantar un álamo, con cintas y luminarias, en las plazuelas. Al pie del árbol, tomaba asiento la moza más bella, danzando el mocerío en torno suyo, con tal algazara y estrépito, que algunas veces fué objeto de admoniciones de la iglesia.

Era la Maya, según he dicho la doncella más linda del barrio, y la noche antes de la fiesta, los jóvenes engalanaban su puerta y sus rejas, con fresco ramos y rosas recién cortadas, y á la mañana, venían en su busca las otras mozas, con lo mejorcito del cofre, alegrando el barrio con sus panderas guarnecidas de cascabeles y con repiqueteo de castañuelas, al par de los zagales, con guitarras, que llegaban á echarle coplas, compuestas algunas con muy galano ingenio, por algún estudiantón sopista, á veinte cuartos la docena, con cuyo emolumento algunos ahuyentaban las hambres, hasta el día de misacantano. Después la colocaban en un taburete que llamaban *la silla de la reina*, ricamente adornado con brocados y como en andas la traían hasta la puerta de la calle. Enseguida las otras mozas la coronaban con rosas, que eran los atributos de su majestad, siendo la doncella la alegría del florido Mayo.

Y hasta bien entrada la noche, se tejían danzas y se entonaban ingenuos cantares, mientras las más castizas y donairoas, iban por las calles vecinas con *platillos, bandejas y escudillas de fino pedernal*, poniendo cerco con sus zalameñas á la bolsa de los viandantes.

Y más avaro que un sastre de portal, fuera el que no se rindiese ante la soberana belleza de la

Maya, resplandeciente en su sitial, *«con guardapiés de tisú, jubón rojo de veludillo con cu-chilladas de raso blanco, trenzado el cabello con cuentas de perlas; al cuello, dobles sargas de corales, y arracadas colgantes hasta los hombros, sin contar las flores y las joyas que lucían en el pecho y, por complemento, chapines con varillas de plata ó zapato bordado, de alto tacón y punta encorvada»*.

En Madrid, San Millán, la Morería y Puerta de Moros, tenían fama de presentar las Mayas más bellas y más lujosas.

Para hacer irrisión de esta fiesta primaveral, algunos *beocíos* de la época, alquilaban á una vieja mendiga, la emborrachaban, poníanle una cadena de ristras de ajos y collares de cascarnes de huevo, y como pendientes, mondaduras de patata. En sus manos depositaban un enorme aventador, y de tan grotesca traza la obligaban á danzar entre antorchas encendidas, danzas que solían interrumpir á cintarazos los cuadrilleros de la Santa Hermandad, que era la milicia más respetada en aquella época.

En tiempos de Felipe III, existían las Mayas. Del poeta Vargases es el siguiente romance que lo atestigua correctamente:

En prueba de que soy bella
sabed que he sido la Maya
debajo del alamillo
de la puerta segoviana,
que el rey Felipe tercero,
que tiene de galán fama,
prendado de mi hermosura
arrojó el oro á mis plantas
y alargándome la mano,
me dió un beso en la mejilla,
hechizándome: Niña hermosa,
eres diosa de las Mayas,
perla rica de mi corte,
y la reina de las hadas.
Bendito el florido Mayo
que tal dicha me guardaba
de ver Maya, que cual tú,
jamás se miró en España.

Durante el reinado del rey poeta, aún subsistía en todo su esplendor la fiesta. Don Dionisio Chaulie, el erudito madrileño y admirable prosador de quien tomo estos apuntes, hace mención de una causa que existió en el Archivo cartulario de Madrid, *«condenando á doscientos azotes y seis años de galeras, á Pedro Rendón, Juan Díaz y Antonio Pérez, por haber acometido con navajas á Pe:ra Redondo, cuando hacía de Maya en el Prado de San Jerónimo, arrancándole las arracadas y un trozo de oreja»*.

Dentro del Real Palacio se celebraba también la fiesta de las Mayas, á juzgar por una cuenta firmada por Josefa de Silva, *cosedora trágica* de doña Isabel de Borbón, en la que figuraba lo que sigue:

«Por un manto de tisú de oro y guarda-infante recamado, de Florencia, componerlo para la dama Azueto y Santa Lanuce, que hicieron de *Mayas reales*, en el Palacio, el Mayo de este año...» La fecha del recibo es de 1622.

En el reinado de Carlos, el príncipe embrujado, se prohibió esta fiesta por su olor á paganía, asimismo como las funciones de teatro. Solamente las fiestas de toros merecían la venia real. La prohibición de las farándulas tal vez se debiese al rencor que doña Mariana de Austria guardaba hacia las comediantas, hacia las que tan aficionado fué el galán D. Felipe IV.

A la fiesta de las Mayas sustituyó la de la Cruz de Mayo, que fué decayendo lentamente, siendo al remate holgorio de la canalla y de los pediguños.

Ahora revive esta fiesta de la primavera, tan castiza y tan pintoresca y las hermosas mujeres, al pedir para los enfermos, entre la espuma de sus mantillas, nos rememoran aquellas rosas chisperas que fueron famosas, por su donaire en las Mayas de San Millán, de Avapiés y de la Morería...

E. CARRERE



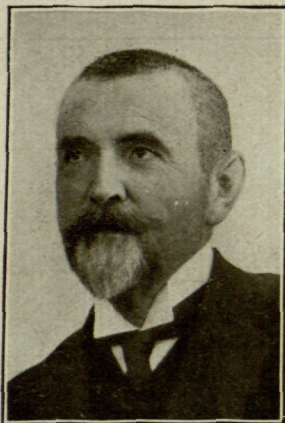
LAS TIPLES DE LA COMPAÑÍA CARAMBA



La bella y notable tiple María Ivanisi, en las operetas "Eva" y "Malbruk"

Sin ningún género de exageración, tan corriente en asuntos teatrales, podemos hacer constar que la Compañía de Opereta italiana que actúa en el Teatro Español, realiza una labor artística verdaderamente excepcional, habiendo sido cada una de sus representaciones un éxito clamoroso, no solamente por el mérito indiscutible de los principales artistas de la Compañía Caramba, sino por la riqueza, propiedad y gusto exquisito de las decoraciones y de la indumentaria de que hace ostentoso alarde. La primera figura artística de la Compañía que actúa en el Teatro Español es María Ivanisi. El público madrileño acoge con la más alta simpatía y con el más sincero aplauso la labor de esta bella actriz que reúne todas las condiciones de meritisima cantante y sobresalientes cualidades escénicas para ser considerada entre las *divas* más apreciadas en este género teatral, recibido por el público con unánime deleite. La campaña teatral de la empresa Caramba ha debido, en parte, su brillante éxito a María Ivanisi, artista prestigiosa, conocida del público de esta Corte en temporadas anteriores, pero justo es confesar que el personal que forma el *elenco* de la Compañía de Opereta Cómica que trabaja en el Teatro Español, es en conjunto muy aceptable, y así lo demuestra la distinguida concurrencia que llena el coliseo de la Plaza del Príncipe Alfonso todas las noches. La Prensa toda de Madrid ha encomiado la acertada dirección artística con que ha realizado su jornada de primavera la Compañía de Opereta Cómica italiana, de que forma parte muy principal María Ivanisi, y hubiera sido lamentable que la Empresa no se diera cuenta oportuna del espíritu justiciero y desinteresado en que informa todas sus manifestaciones esta Prensa periodística.

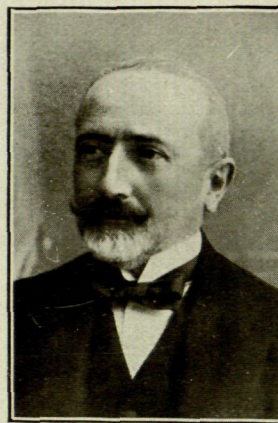
LOS REYES EN EL BANCO DE ESPAÑA



D. PÍO GARCÍA ESCUDERO
Subgovernador primero del Banco de España



SS. MM. los Reyes Don Alfonso y Doña Victoria, al entrar en el Banco FOT. ALFONSO



D. FRANCISCO BELDA
Subgovernador segundo del Banco de España

El domingo pasado se le cumplió el deseo de visitar el Banco de España que Don Alfonso, atento como es notorio á cuanto afecta al desarrollo de la riqueza y del crédito nacionales, tenía manifestado tiempo ha. Acompañado de SS. MM. las Reinas Doña Victoria y Doña Cristina, con su respectivo séquito, llegó el Rey, á quien esperaban en el vestíbulo del chaflán del edificio, el gobernador del Banco, Sr. Domínguez Pascual, los subgovernadores D. Pío García Escudero y don Francisco Belda—con quienes se hallaban los señores Dato y ministro de Hacienda,—los consejeros y el alto personal de la Casa.

Para facilitar la misión de los periodistas estaban comisionados por el Consejo los Sres. Núñez Arenas, Cobián (D. Luis), Barber (D. Francisco) y López de Saa (D. Leopoldo).

La regia visita duró más de dos horas, durante las cuales las augustas personas recorrieron todas las dependencias, cuyo personal estaba en su puesto igual que en los días laborables, y examinaron minuciosamente su organización y funcionamiento perfectos, que les produjeron gran complacencia y les merecieron efusivos elogios.



D. LORENZO DOMÍNGUEZ PASCUAL
Gobernador del Banco de España

También se detuvieron los Reyes en la rica biblioteca; en el despacho del gobernador, que atesora valiosos cuadros y muebles, y en el del subgovernador segundo D. Francisco Belda, decorado con tanta riqueza como arte. Don Alfonso, hablando con ambos señores, elogió debidamente la importante labor patriótica del Banco de España, cuya próspera situación marcha en progresión creciente desde hace diez y seis años. Para dar á la visita regia la solemnidad requerida, el Consejo del Banco, reunido antes de llegar SS. MM., adoptó, entre otros, los siguientes acuerdos:

Dar la fecha del 25 de Mayo á una nueva emisión que se prepara de billetes del Banco de España de 1.000 pesetas; poner á la disposición de ambas Reinas la cantidad de 50.000 pesetas—25.000 á cada una—para que las augustas señoras las distribuyan entre los pobres, como recuerdo de la visita, y entregar seis casas para obreros á otros tantos operarios de la fábrica de billetes que por su conducta durante largo tiempo se hayan hecho acreedores á ello.

Sus Majestades fueron largamente vitoreadas á su salida por todo el personal de la casa y por el numeroso público congregado en los alrededores.



Los Reyes Don Alfonso, Doña Victoria y Doña María Cristina, en el salón de Juntas del Banco, acompañados del alto personal del mismo FOT. CAMPÚA

Biblioteca de Comunicación

MUJERES

Prólogo de una comedia de D. Gregorio Martínez Sierra

GABINETE elegante, adornado con riqueza y buen gusto. Piano, flores, libros por las mesas.—En las paredes grabados de cuadros buenos. Cortinas de muselina blanca en los balcones. Una almohadilla de encaje en una silla. Es por la tarde. MARIA (treinta años), viste sencilla y elegantemente de gris, traje corto como para viaje. Arregla sobre una mesa los frascos y cepillos de un neceser de viaje. JUANA (cincuenta años) arrodillada en el suelo, acaba de sujetar las correas de una maletita pequeña de cuero.

JUANA.—Ya está.

MARIA.—¿Todo?

JUANA.—Todo.

M.—¿Ha vuelto Andrés de la estación?

JUANA.—Sí, señora, señorita: ya están los baules facturados. Ahí he puesto el resguardo en el portamonedas; con los billetes; no los vaya a perder la señorita.

M.—No, los pongo aquí dentro del saco: ¡Ajá! (Cierra el saco), ¿el llavero?

JUANA.—Sí, señora. (Se levanta y entrega a María un llavero pequeño). Esta es la de la maleta y estas cuatro aplastadas las de los dos baules. (María engancha el llavero en la cadennita que lleva colgando de la cintura y esconde las llaves en el cinturón).

ANDRÉS.—(Apareciendo en la puerta). Señora.

M.—¿Qué hay?

AN.—La doncella nueva.

M.—Que pase. (Sale Juana).

JUANA.—¿No quiere llevar la señorita la medalla de San Rafael, que es abogado de los caminantes?

M.—Sí, mujer, sí: trae. (Juana le da una medalla).

INGLESA.—(Desde la puerta). ¿Da la señora el permiso?

M.—Pase usted.

(Entra la doncella inglesa y Andrés con ella. Viene con traje corto y sombrero canotier.)

IN.—Madam.

M.—Ya sabe usted que nos marchamos a las seis y media.

IN.—Sí, madam.

M.—Aquí están el saquito y la maleta. Juana le dará a usted el portamantas. Cuide usted de todo, y esté usted lista para cuando la llame.

IN.—Descuide, sí, madam. Tengo el costumbre de viajar. Ya la señora que recomendó para mí habrá dicho a madam que he corrido casi el medio mundo a través mar y tierra.

M.—¿Es usted inglesa?

IN.—Irlandesa, madam, católica.

M.—¡Ah! ¿Cómo se llama usted?

IN.—¡Aoh, madam, María!

M.—Como yo.

IN.—Aoh, ¡madam! si la señora gusta puede llamarme por otro nombre, ya tengo el costumbre de cambiar: en la una casa me llamaban Doll, en la una otra Polly; como en España siempre hay en la casa una señorita que se llama María. Para no confundir...

M.—No, no, conserve usted su nombre... Por mí...

IN.—Como la señora guste, mas...

M.—Llévese usted esto. (La inglesa recoge el saquito y la maleta y sale). (A Juana). Tú sirve la merienda en cuanto vengan las señoritas.

JUANA.—Sí, señora.

M.—¿Qué te pasa? ¿Estás triste? ¿Porque me voy de viaje como siempre?

JUANA.—Como siempre no, señorita. Ahora la señorita se va sola..., en fin, si la señorita va contenta...

M.—Sí, Juana, sí, me voy contenta, muy contenta.

JUANA.—Eso es lo principal.

M.—Y por la soledad no te apures. Ya me llevo a tu San Rafael, que es buena compañía.

JUANA.—(Muy convencida). ¡Sí, señora!

M.—Y te llevaré a tí, si supieras siquiera pedir un vaso de agua en otra lengua que la tuya. Mira, si aprendes a decir buenos días en francés, en inglés y en italiano te prometo que al año que viene, ves mundo..., por más que ¿qué iba a decir tu Andrés, si le dejábamos viudo?

AN.—Señorita, por mí...

M.—(A Juana). Anda, anda. (Sale Juana). Andrés, que me cuidéis la casa.

AN.—Sí, señora, señorita.

M.—Que lleves bien las cuentas.

AN.—Sí, señora, señorita.

M.—Que no se me sequen los tiestos.

AN.—No, señora, señorita.

M.—Que entreguéis las limosnas, todos los meses, el día primero.

AN.—Sí, señora, señorita.

M.—Y que se digan las misas, por el señor, todos días 15.

AN.—Sí, señora, señorita. No faltaría más, señorita.

M.—Ah, y que no escribáis ni me enviéis las cartas como no pase algo. No quiero saber nada de nada. Yo pondré una postal, de cuando en cuando, para que sepáis donde estoy, pero no me escribáis.

AN.—Descuide la señora.

M.—Es decir... á no ser... que venga alguien... pero ¿quién va a venir? No vendrá nadie... En fin, si viene alguien... bueno, si viene alguien que no sea las visitas de siempre, me lo escribes, ¿eh?... pero enseguida.

AN.—Sí, señora, señorita; enseguida.

JUANA.—(Desde la puerta). La señorita Carmen y la señorita Inés. (Entran Carmen, veintiocho años, vestida con chic y elegancia, pero modestamente, é Inés, muchachita de diez y nueve años, graciosa y bien vestida, muy viva y muy curiosa, pero muy inocente.)

M.—Adelante, adelante: créf que no venáis.

INÉS.—Pues, hijita, más puntualidad... Están dando las cinco.

CARMEN.—Y la cita, tu misteriosa cita, era á las cinco en punto, digo, me parece.

M.—Sí, sí, á las cinco en punto.

CAR.—Bueno, pero, ¿qué ocurre? ¿Para qué nos llamas? ¿Cuál es el misterio?

I.—Eso, eso ¿cuál es el misterio?

M.—Adivinad.

CAR.—En primer lugar, yo noto aquí algo raro... En la casa ó en tí, ¿qué es? ¡Ah!, sí, que te has quitado el luto.

I.—¡Es verdad! ¡Estás guapísima!

CAR.—Y jovencísima! Te has quitado diez años de encima al quitarte las tocas de viuda.

M.—(Con alegría). ¿De veras?

I.—¡De veras!

CAR.—Palabra de honor.

I.—Y el moño bajo. ¡Si parecen otra!

CAR.—Es verdad. Te relucen los ojos, tienes mejor color. ¡Ay, Dios mío! ¿Hay moros en la costa? ¿Reincidimos?

M.—¡No, no es eso, no!

CAR.—¿Palabra?

M.—Palabra... ¡Nunca!

CAR.—Pues, explícate entonces.

JUANA.—(Desde la puerta). La señorita Clara.

M.—Adelante, adelante.

(Entra Clara. Veinticinco años: bien vestida, con traje de calle, corto. Muy simpática, linda y de movimientos y ademanes decididos é independientes, pero sin exageración de mal gusto: trae una carterita con papeles, que deja sobre una silla al entrar.)

CLARA.—¿Llego la última?

M.—No. (Con cariño). Pero llegas tarde, como siempre.

CLA.—Hijas, el feminismo ha tenido la culpa. ¿Habéis merendado ya? ¿No? (Viendo entrar á Juana con una gran bandeja, con servicio de té, chocolate, pasteles, emparedados, etc.) ¡Respiro! Tendría gracia que os hubierais comido todas las cosas ricas mientras yo me estaba matando por defender vuestros derechos.

M.—¿Tú?

CLA.—Sí, yo. ¡Uf! Permitid que me quite el sombrero. (Se quita el sombrero y se sienta en una butaca).

CAR.—¿Pues, de donde vienes?

CLA.—¡De la sesión inaugural del Congreso feminista! En España ¿eh? ¡Congreso feminista! Los tiempos adelantan. (A María que sirve un

sandwich de foie gras). ¡Delicioso! (Comiendo). Me darás la receta.

M.—¿Para llevarla al Congreso?

CLA.—¿Por qué no? La cocina es uno de los grandes problemas del feminismo. Casi tan importante como el amor. (Las otras se ríen). ¡Sí, reid, reid! Casi tan importante, y además... permitid que os coloque un discursito que estoy preparando, y además (Con tono oratorio, pero en broma). ¡Ejém!, y además, ligado con él por una porción de vínculos..., sutiles. El régimen alimenticio influye poderosamente en el amor, y por lo tanto, en la felicidad doméstica. Han de saber ustedes (confidencialmente), señoras mías, que los hombres quieren muchísi-



mo más á su mujer, después de haber comido carne de cerdo.

TODAS.—¡Ja, ja, ja!

CLA.—¡Palabra: lo he leído en un libro muy serio: inglés por más señas. Sí, señoras, sí: carne de cerdo, trufas, mostaza y pepinillos en vinagre!

I.—(Con inocencia). ¿Será verdad?

CLA.—Por experiencia no lo sé, porque á pesar de mis veinticinco años, soy tan soltera como tú, pero estas dos señoras, respectivamente casada y viuda, te podrán responder.

CAR.—(Sonriendo). Puede.

M.—¡Bah!

JUA.—(Desde la puerta). La señorita Adela.

(Entra Adela. Treinta y tres años. Aspecto de grandísima bondad. Vestida correctamente, pero sin coquetería ninguna. Es la más inocente de todas.)

ADELA.—(Adelantándose sin gran ceremonia de saludo, pero con gran cariño, como si entrara en su casa). Desde la escalera se os oye reír. Creí que no venía. Aquellos hijos míos son siete lobos y no me dejan salir de casa. Y al pequeño ahí lo traigo.

M.—¿Dónde está?

ADE.—En la cocina, con la niñera.

M.—Que lo entren.

ADE.—No, no: déjame descansar de maternidad siquiera un cuarto de hora. Para vosotras es la vida, que no tenéis críos. (Inés y Clara). No os caséis, hijas mías. Miraos en este espejo. Treinta y tres años y siete criaturas. ¿De qué os refáis antes?

M.—¿Tu marido come mucha carne de cerdo?

ADE.—¿Eh?

CLA.—¿Con trufas?

CAR.—¿Y mostaza?

I.—¿Y pepinillos en vinagre?

ADE.—(Sin enterarse del por qué de las preguntas). Sí, hijas, sí, come mucho de todo.

CLA.—¿Y bebe?

ADE.—Y bebe..., y fuma.

CLA.—¿Y hace mucho ejercicio?

ADE.—¡Sí, sí, ejercicio! Para ir desde el Banco á la Puerta del Sol toma el tranvía.

CLA.—Pues entonces, hija de mi vida, llora sobre tu sino. ¡Maternidad tienes para una temporada! (Todas se ríen.)

ADE.—Ya os estáis burlando de mí, como de costumbre. Os divierte mucho. ¿Verdad?

CAR.—Pero si no es broma, es ciencia pura.

M.—¿Una taza de té?

ADE.—(Con espanto cómico). ¡No, por Dios!

M.—¿No te gusta?

ADE.—A morir: es el crío, que, si yo tomo té, se pone nervioso, y me da la gran noche.

TODAS.—¡Ja, ja, ja!

ADE.—Sí, sí: os podéis reír, vosotras que dormís á pierna suelta. ¡Señor!, con la pasión que yo he tenido por el sueño. Me acuerdo de soltera, que, si por rara casualidad, me despertaba á media noche, y oía dar las tres ó las cuatro, pensaba: ¡Qué alegría, las horas que aún me quedan de dormir! Y me hubiera gustado estar siquiera un rato despierta para gozar despacio el placer de ir volviendo á dormirme. Pues, ahora, oiga usted las tres, y las cuatro, y las cinco, y duerma usted siempre como las liebres, con un ojo abierto... Y así, doce añitos de matrimonio, repartidos en siete crianzas. Dame chocolate.

(María le sirve una taza de chocolate.)

I.—¿Por qué no les pones ama á los chiquillos?

CLA.—Eso no: hace bien. A los hijos debe criarlos la madre. Con su sangre les ha dado la vida, con su sangre debe conservársela, para que sean suyos, sólo suyos, pedazos de su corazón, carne de su carne, hecha vida, sólo por ella, sólo para ella...

M.—¡Sí, que es verdad! (Con entusiasmo).

ADE.—¡Claro! Y además, que si no hubiera criado á los siete que tengo, á estas horas tendría catorce.

M.—¡Calla, materialista, calla y come!

ADE.—Pues, tampoco lo hacéis mal vosotras, espíritus puros. Dame otro pastelito. ¿De qué son?

M.—(Dándole un pastel y disponiéndose ella á comer otro). De crema y hojaldre. ¡Riquísimos!

CLA.—Os advierto que la crema engorda, y que comiendo hojaldre salen arrugas.

M.—¿Ah, sí? (Deja el pastel precipitadamente).

CLA.—¡Ja, ja, ja! Ni que tuviera una víbora dentro.

I.—¿Tanto miedo te dan las arrugas?

M.—¿Miedo? Es poco. ¡Terror, pánico! Sí, hijas, sí, no lo puedo remediar. Treinta años he cumplido la semana pasada. ¡Treinta años ¿eh?, qué espanto! ¡Tener que envejecer! Y por fuera, por fuera, que es lo triste, mientras siente una dentro toda la juventud, toda la fuerza, toda el ansia de vida, de locura, como hace quince años ¿qué, como hace quince años?, ¡mucho más! Ya lo creo: á los treinta años es una mucho más joven que á los quince. (A Inés que se ríe). ¡Sí, sí, ríete tú porque tienes diez y ocho! El otro día me he estado entreteniéndome en juntar todos los retratos míos que tengo. Aquí están (Coge un álbum de encima de un mueble. Todas la rodean para verlos). De año y medio... en brazos de mi madre... de mi madre, muchísimo más

joven que yo ahora... ¡Es posible que haya yo sido ese bebé, con ese ceño voluntarioso! ¿No os da miedo mirar á los chiquillos y pensar que han de ser hombres y mujeres? A los seis años, con el aro en la mano ¡qué monada! De primera Comunión: mi primera decepción de mujer. Al espejo, me encontraba yo tan guapa vestida de blanco, con esta coronita y este velo, y cuando ví el retrato ¡me parecí tan fea! A los quince ¡qué seriedad! ¿Véis ese libro que tengo en la mano? Pues, es una Gramática latina. Entonces estudiaba yo latín, y me volvía loca con el *musa musæ*... y no creía en las novelas, ni á los diez y nueve tampoco, ni á los veinte, cuando me casé ¡tapa, tapa! ¡Qué levita la suya y qué peinado el mío! ¡Qué cosa tan horrible es el pasado!

TODAS.—¡Ja, ja, ja!

M.—Y á lo que íbamos: en todos estos tiempos de... juventud, cuando me hice todos estos retratos, era mucho más vieja que ahora: más formal, más serena, más convencida de mi responsabilidad, más equilibrada ¡Dios mío! creía que el cumplir los deberes dejaba el alma completamente satisfecha, que la virtud lleva en sí misma su propia recompensa, que el sacrificio tiene mieles ocultas, que la abnegación es corona de gloria, que el vencer los instintos es fortaleza. Figuraos que, á los catorce años, si el postre me gustaba demasiado, no le comía, por eso, por vencerme: y que á los diez y ocho dormí en el suelo siete meses seguidos, por lo mismo, por lo mucho que me gustaba dormir en la cama...

I.—(Con grandísimo interés). ¿Y ahora?...

M.—Ahora... no sé, pero á medida que han ido pasando los años se han ido despertando en mí cosas nuevas, deseos, ansias, ¡vaya usted á saber! y sobre todo una infinita necesidad de alegría... ó de pena, que no estoy segura... en fin, de vida. ¡Chiquillas, las mujeres no vivimos!

CAR.—Puedes quejarte de la vida tú, que te has casado á los veinte años con un hombre riquísimo, que te adoraba, que has corrido medio mundo, que tienes y has tenido todo lo que se puede tener, que has visto todo lo que vale la pena de verse.

M.—Sí, sí: es verdad, lo he visto todo, he pasado por delante de todo, pero eso no es vivir, es ver la vida como una función de teatro, desde una platea...

CAR.—No eres tú nadie: desde una platea. ¡Hay quien la ve desde la última fila del gallinero!

M.—Es lo mismo.

CAR.—¡Qué ha de ser! Ya te daría yo un marido con cinco mil pesetas de sueldo, sin ascenso probable, y tener que arreglar los sombreros para dos temporadas, y que correr los saldos en busca de un retal baratito... y veranear en Pozuelo...

ADE.—¡Sí, pues quéjate tú que no tienes hijos!

CLA.—¡Ja, ja, ja!

CAR.—¿De qué te ríes?

CLA.—De que si os lamentáis vosotras ¿qué debiera hacer yo, que por no tener, no tengo ni siquiera marido?

M.—Tú eres la más feliz de todas.

CLA.—Es posible.

M.—Porque piensas, porque te mueves, porque trabajas.

CLA.—Más de lo que quisiera algunas veces. ¡Qué remedio! Al venir aquí, me ha pedido limosna en Recoletos una mujer con tanta cara de salud co-



BART-PZLI

mo yo: «Señorita, una limosna por amor de Dios, que no tengo quien me lo gane...» ¡Ni yo tampoco! Se quedó hecha una pieza cuando se lo dije: no lo habrá creído, como llevo sombrero de última moda. No sabe ella que para comprar estas plumas, he desgastado tantas de las otras escribiendo sobre los derechos de la mujer... mientras ella tomaba el sol en una esquina.

L.—Oye, y tú ¿te casarías?

CLA.—Si me enamorase como una loca, sí.

L.—¿Y si no?

CLA.—¡Si no, no!

CAR.—¿Aunque fuera con un hombre muy rico, que te quitase de trabajar?

CLA.—¡No, no!

L.—¿O con uno que te quisiera muchísimo, muchísimo?

CLA.—Menos: me figuro el tormento de tener al lado un cariño al que no puede una corresponder y que hay que agradecer encima. Además, que yo soy muy nerviosa... no puedo con los mimos... me crisan las caricias. Mi abuela, que me quiere a morir, la pobre señora, viene todas las noches cuando me acuesto a arreglar-me la ropa de la cama, y me besa no sé cuántas veces, y me acaricia el pelo..., y yo tengo que agarrarme al embozo con las dos manos, y que morder la sábana por no tirarle algo ó decirle alguna impertinencia.

CAR.—¡Hija, pero un marido, no es una abuela!

CLA.—¡Quiá! ¡Debe ser muchísimo peor!

TODAS.—¡Ja, ja, ja!

L.—¡Niñas, que soy soltera!

CLA.—Figúrate que le suden las manos, ó que se dé cosmético en el pelo... Y yo, que duermo siempre atravesada. Debe ser irritante eso de repartir la cama con un hombre.

M.—Eso no... Yo soy bastante independiente, y bastante... nerviosa, como tú dices..., pues en ocho años de matrimonio, y sin locura... nunca me ha molestado la compañía. Es una suavidad especial ver á un hombre dormido á nuestro lado, con tanta paz, con tanta confianza..., como si fuera un niño. Y eso que mi marido tenía muchos más años que yo... pues á mi lado, así, siempre me pareció una criatura. Algunas veces, hasta me entraban ganas de llorar mirándole dormir, y le besaba muy despacio para no despertarle.

CLA.—Lo malo es que no siempre estaría dormido.

L.—¡Niñas, que soy soltera!

M.—¿Lo malo?... No, tampoco... ni malo ni bueno. Algunas veces sí, da un poco de rabia, que á ellos les entusiasme tanto lo que á una le hace tan poca gracia..., pero tampoco rabia contra él, sino contra una misma, por no poder ó no saber entusiasmarse como ellos...

L.—Ah, ¿de modo que á una no le hace tanta gracia?

M.—Niña, que eres soltera.

JUA.—(Desde la puerta). Con permiso. Señorita Adela: que la niñera dice que el niño está inquieto y que no le puede callar, que si le trae.

ADE.—¿No lo dije? Sí, claro: que le traiga. (Juana se va). Esto es un no vivir.

(Entra la niñera con el niño en brazos: niñera de casa burguesa bien acomodada, con delantal blanco y cofia.)

ADL.—Trae acá. Que poca maña tienes para callarlo. (Se dispone á darle de mamar).

NIÑERA.—Señorita, si no es poca maña: es que este niño en cuanto le parece que es su hora no se distrae con nada, y no sirve cantarle, ni pasearlo, ni nada, señorita.

ADE.—Bueno, márchate, que ya te llamaremos.

NIÑERA.—Sí, señorita. (Sale).

ADE.—Sí, hijo, sí; no desmientes la casta: tan tragón eres como tu padre.

(Mientras da de mamar al niño, las demás están de pie cerca de ella, mirándola con cariño y casi con respeto.)

L.—Porque quiere vivir, ¿verdad? Mírale qué rico (con embeleso) y qué ansioso. (Arrodillándose delante de él). Cuando acabe, me lo dejas un rato, ¿verdad?

ADE.—Hija de mi vida, todos los que quieras. (Inés se sienta en el suelo y mira al chiquillo con atención.)

CLA.—¡La verdad es que por un muñeco así, se podrían llevar con paciencia unas cuantas cosas!...

CAR.—A mí, me dan pena los chiquillos. (Con un poco de aspereza).

ADE.—Pena, ¿por qué?

CAR.—No sé... por nada... porque sí.

M.—Tienes razón: un niño es una cosa tan pequeña, tan frágil, tan desvalida: se puede hacer con él lo que se quiera, y todo lo tiene que sufrir sin defensa, en silencio...

ADE.—¿En silencio? ¡Ya se conoce que no tienes siete á domicilio! Ea, toma (da el niño á

la angustia de quererse... y como yo... en fin, como yo soy incapaz de esa locura..., no me he atrevido nunca á desearlo. ¡No, no, un hijo es demasiada bendición para lograrla en un momento de tedio resignado ó de placer vulgar! No es posible que se merezca esa corona de toda una vida por algo tan sencillo y tan indiferente como beberse un vaso de agua cuando se tiene sed.

ADE.—¡Pues no eres tú poco romántica! Los hijos nacen porque sí, y se les quiere porque se les quiere. Todo eso de locura y de consagración de la vida, música celestial, créeme á mí. Ya se conoce que tienes mucho tiempo de más para leer novelas.

M.—No son novelas.

CAR.—No son novelas, no. Yo también he sentido algunas veces ese ansia de algo que no muera con uno, porque yo... no soy fría, y quiero á mi marido (con tristeza) puede que más de lo que él se merezca, y en más de una ocasión, he clamado al cielo pidiéndole el hijo... lo que es que luego me he alegrado mucho de que el cielo no me haya hecho caso..., porque la vida está tan cara... y la verdad, yo hecha una cursi ¡bueno! ¡Pero hijos míos con los zapatos rotos, no lo permita Dios!

M.—¡Mujer! Con los zapatos rotos...

CAR.—O con medias sueltas... En fin, con necesidad disimulada, y vestida de lujo ¡No sabes la envidia que te tengo!

M.—¿Envidia... á mí?

CAR.—Sí, pero no te asustes, que no es de la mala. No quisiera quitarte nada de lo que tienes, pero daría por tenerlo yo también... ¡qué sé yo!

Tú, hace tantos años que saliste de esta angustia constante de la clase media, que ya no puedes ni darte cuenta de lo que es... ¡Esos cinco duros que siempre faltan!... ¡Esos cinco días últimos de mes, que siempre sobran! Cuando vengo á tu casa, me parece que entro en un oasis. Me olvido de todo... Aquí, no hay apuros: aquí, estas golosinas tan caras, parecen la cosa más natural del mundo; aquí, se enciende lumbre en la chimenea hasta el mes de Mayo, y se da una el gusto de ver arder la leña con el balcón abierto; aquí, están las flores por los rincones, como si no costase más que el trabajo de salir á cogerlas al campo. ¡Ay, chiquilla! ¿Te acuerdas en el colegio, cuando no nos gustaba leer novelas más que de gente rica y aristocrática, que lo pasaba bien? Pues, estar en tu casa me hace el mismo efecto: una novela de gente bien que no quisiera una que se acabase nunca. Aquí me pasaría la vida.

M.—(Abrazándola). ¡Qué buena eres!

L.—(Que sigue paseando al chiquillo). Se ha dormido. (A Adela). ¿Me lo llevo?

ADE.—Sí, sí; que lo echen por ahí en cualquier parte.

CLA.—Bueno niña: os advierto que en este silloncito se está muy bien, pero yo voy á tener que dejaros la sombra en prenda, porque todas vosotras tendréis muchas penas, pero ninguna tenéis que pensar en que las trufas ó los garbanzos salgan de vuestra industria. El hombre es un tirano, pero suele tener la agradable costumbre de mantener á su víctima, mejor ó peor. Y yo, para pagar al casero, tengo que terminar antes de fin de mes la traducción de una novelita que da dentera de puro empalagosa (A María). De modo que si tienes algo que decirnos...

M.—Es verdad: somos unas cotorras en estando juntas. Pues sí, señoras mías. Atención: me he permitido reunir las á ustedes..., pero, ¿dónde está Inés?

L.—(Que entra corriendo). Aquí, aquí...

M.—Me he permitido reunirlos para comunicaros una resolución transcendental. Me he quitado el luto, y con él me despiendo de mi vida de mujer burguesa. ¡Fuera prejuicios y preocupaciones! Dentro de media hora tomo el tren, y ¡á vivir como un hombre!

ADE.—¡Como un hombre!

CAR.—Pero ¿á dónde vas?

M.—No lo sé. Hasta la frontera he tomado el billete. Después, el mundo es mío. Iré á París, á Italia, á Londres, á Berlín, á Grecia, á Tierra Santa... no sé...

CAR.—Pero si todo eso ya lo has visto.

M.—Pero ahora lo veré por mi cuenta, completamente, hasta donde me guste, hasta donde me canse, sin tener siempre al lado la mano de un marido un poco viejo y demasiado razonable



Inés, que se levanta con él y lo pasea con embeleso), para que vayas aprendiendo.

CLA.—¿Tú nunca has deseado tener un hijo? (A María).

M.—(Un poco confusa). No.

L.—¿No te gustan los niños?

M.—¡Muchísimo! Tal vez demasiado. No puedo pasar junto á un chiquillo sin hacerle un mimo, al más feo, al más sucio que encuentro por la calle... Pero por lo mismo, me parece que un hijo es una cosa extraña, sobrenatural, que tiene que venir á la vida por milagro, por locura de amor, en un momento en que el padre y la madre sientan la necesidad imperiosa de fundirse para siempre, de eternizar en una vida nueva

que me aparte la copa de los labios por miedo á que me dé dolor de cabeza. ¿Queréis creer, chiquillas, que yo, que tengo lo que llama la gente sangre torera, siempre he visto los toros desde un palco? ¡Y quiero ver los toros y la vida, desde la barrera! ¡Para eso tengo un alma tan libre y tan humana como el alma del hombre más hombre!

ADE.—Pero tú estás loca.

M.—No lo sé: eso quiero saber, y lo sabré viéndolo. ¿Qué habrá dentro de esta inquietud, de esta ansiedad, de este llamamiento angustioso? Los hombres viven, los hombres saben, porque son egoístas y van siempre por donde les parece. Nosotras siempre tenemos miedo, al dar un paso, de ofender á alguien, de entristecer á alguien. A mí algunas veces, me da por cantar, por dar gritos, por correr como loca, y cuando me he cansado de hacer ruido, me entra una llorina!... ¡Y me deja un descanso tan completo llorar por nada! Ya veis que simpleza: pues mi marido se asustaba de eso, le daban miedo las exaltaciones, se empeñaba en pensar que me faltaba algo y en echarse la culpa, y por no entristecerle ni cantando ni llorando, algunos días me faltaba poco para estallar de tensión nerviosa, y tenía que meterme en la cama y fingir una jaqueca horrible para quedarme á oscuras y llorar á mi gusto con la cara metida en las almohadas.

ADE.—¡Respira, hija, respira!

CAR.—Haces bien.

CLA.—No sé si haces bien, pero tienes derecho á hacerlo.

M.—¿Verdad?

I.—¿Y quién va contigo?

M.—Una doncella inglesa, que ha viajado mucho, y entiende de equipajes y de estaciones; con eso no tendré que ocuparme de nada.

ADE.—(Con burla cariñosa) ¡Lástima que no tengas aquí á Lorenzo Peña!

CAR.—¡Ja, ja, ja! ¡Es verdad!

M.—(Inmutándose un poco) ¿Por qué?

ADE.—Porque sería un compañero de viaje magnífico... A él le daba también, si mal no recuerdo, por todo eso de la libertad, y la vida completa. No, y un loco hace ciento, porque á mí no me digas, que la mitad lo menos de esos arranques tuyos, te los ha metido él en la cabeza.

M.—¡Bah!

CAR.—¿Y dónde está?

M.—No sé: desde que se marchó, hace casi cuatro años, no sé de él.

I.—Yo le he oído decir á mi padre que se había casado en Méjico.

M.—Es posible..., ya digo que no sé.

CAR.—Oye, y entre nosotras, ya que estamos en vena de confidencias, ¿qué fué lo que pasó en realidad? Digo, si á tí no te disgusta...

M.—¡A mí! ¿Por qué? No pasó nada. Que yo le quería muchísimo, que, por lo visto, le traté demasiado bien, y que él, tomando el rábano por las hojas confundió mi amistad con otra cosa. Que me lo dijo, y que yo, como soy una mujer honrada, y (sonriendo) antes morir que faltar ni tanto así á mi marido, le mandé á paseo con cajas destempladas, y él, después de hacer unas cuantas simplezas para molestarme, tomó el tren, y si te he visto no me acuerdo ¡Requiescat in pace!

CLA.—¡Dios le haya perdonado!

M.—Ea, pues despedíos de mí, que ha llegado la hora.

ADE.—Mujer, bajaremos á la estación.

I.—Eso es, sí sí, y te haremos una despedida entusiasta al arrancar el tren.

M.—No, no. Me marchó sola: vosotras os quedáis aquí.

CAR.—Pero, ¿por qué?

M.—Por nada, porque sí, por figurarme, al pasar esa puerta, que rompo con todo lo que me une á mi vida pasada. Adiós, chiquillas... (abrazándolas). ¡Adiós, adiós, adiós! Si paso por París os enviaré sombreros á todas.

ADE.—A mí no vayas á mandarme alguna extravagancia.

M.—No, madre de familia, descuida: una capota negra. ¡A vivir! Ahora cantaré cuando quiera, lloraré cuando me dé la gana, suspiraré si me parece bien, oyendo tocar á los tziganos los valse más cursis, no me acostaré en toda la noche si no tengo sueño, beberé champagne sin temor á decir tonterías ni á ponerme romántica, no tendré que marcharme del baile cuando empiece á estar más divertido, bailaré hasta rendirme aunque me den palpitaciones, dejaré que me hablen de amor, y me reiré como una loca, sin que nadie tenga derecho á ofenderse, sabré lo

que hay detrás de todas esas luces y esas flores y ese ruido, que siempre he visto desde fuera, si sí, tendré mi sitio entre la gente que goza y que se ríe, y no tendré el tormento de ver que la alegría está siempre sentada en la mesa de enfrente! Ea, un beso: otro abrazo.

CLA.—Cuidadito con el amor, que suele echarlo todo á perder.

M.—No hay miedo. ¿Amor á mí? Soy un marmolillo. (Desde la puerta). ¡Juana, Juana, el sombrero, el abrigo! Acordaos de mí.

CLA.—Tú de nosotras, si te queda tiempo.

I.—¿Escribirás?

M.—No pienso. Ya os citaré á la vuelta dentro de... un par de años, para contaros mis impresiones. (Juana entra con el sombrero y el abrigo.—María se los pone sin dejar de hablar). Que venga por aquí, que os reunáis de cuando en cuando, como si yo estuviera, Juana tiene ya órdenes, para merendar en recuerdo mío... os consiento que murmuréis de mí y que me llameis loca, desequilibrada y romántica. (Mirando al reloj). ¡Lly, las seis y veinte! Me quedan diez minutos. A ver si pierdo el tren... ¡tendría gracia llegar tarde la primera vez en mi vida que voy donde me da la realísima gana!

(Besos, abrazos.—Sale. Las demás salen detrás de ella y se oye un momento en la antecámara: Adiós, adiós, que te diviertas, buen viaje..., etcétera... Vuelven á entrar Inés, Carmen, Adela y Clara y se dirigen al balcón.)

CLA.—¡Al balcón, al balcón!

I.—Sí, sí, á decirle adiós.

(Adioses desde el balcón. Puede oírse la bocina del automóvil que se lleva á María.)

ADE.—(Volviendo al salón). ¡Ya se fué!

CAR.—¡Qué contenta va!

I.—¡Ya lo creo!

CLA.—Con todos sus aires de mujer rebelde, es una criatura de tres años.

ADE.—En fin, si se divierte...

CLA.—Bien ganado lo tiene, porque hay que confesar que el difunto señor de Losada era bastante aburrido el pobre.

CAR.—Y bastante chinche... ¡Qué solos le tiene dados á la infeliz con aquel condenado juego de damas!...

ADE.—Pero la quería de veras: ya ves, le ha dejado toda la fortuna, y sin ponerle ninguna condición.

I.—No faltaba otra cosa. Ella se portó con él como una santa.

CAR.—Y á pesar de muchísimos pesares; porque aunque ella no lo confiese, naturalmente, me parece á mí que el tal Lorenzo Peña la llegó á interesar más de lo necesario.

ADE.—Y que él, naturalmente, si lo conoció, apretaría el cerco, porque los hombres ¡a la que estamos!

CLA.—Es más buena que el pan.

I.—¡Y más lista!

CAR.—De todo se hace cargo.

ADE.—Pero un poco chiflada sí que está.

CLA.—No: es que tiene mucha imaginación, y

á fuerza de dar vueltas, como no tiene que pensar más que en sí misma...

ADE.—Sí, le habrían hecho falta media docena de hijos.

CLA.—Ni eso... con haberse tenido que ganar la vida... Puede que hubiera sido una gran artista, porque talento ¡ya lo creo! de sobra. Lo que le echó á perder la vida fué casarse tan joven con un hombre tan rico.

(Dentro se oye la voz de un hombre que habla con Juana.)

LORENZO.—¿De viaje?

JUA.—¡Sí, señor, sí!

LO.—Pero... ¿volverá pronto?

JUA.—No, señor..., es decir, no lo sé: ahí están las amigas de la señorita... si el señorito quiere pasar, puede que las señoritas le puedan decir algo...

CLA.—¿Qué?

CAR.—¿Quién habla?

ADE.—¿Quién es?

LO.—(Apareciendo en la puerta). Buenas tardes, señoras.

ADE.—¡Angela María, Lorenzo!

I.—¡Lorenzo Peña!

CAR.—¡Jesús, á buena hora!

CLA.—Esto es lo que se llama llegar á tiempo.

ADE.—Pero ¿de dónde sale usted, hombre de Dios?

CAR.—¡Hombre, siquiera diez minutos antes!

LO.—(Asombradísimo ante la actitud de ellas). Señoras mías... la verdad... no comprendo...

TODAS.—(Cada una por su lado, sentándose cada una en un rincón, sin mirarle ni responderle). ¡Ja, ja, ja, ja!

TELÓN

GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA

DIBUJOS DE BARTOLOZZI



ESPAÑA MONUMENTAL Y ARTÍSTICA



PORTADA DE LA IGLESIA DE SAN JUAN BAUTISTA, DE ARANDA DE DUERO (BURGOS)

En este templo celebróse en 1473, á instancias del arzobispo de Toledo, D. Alonso Carrillo de Albornoz, un importantísimo Concilio en el cual el referido prelado pretendió acrecentar el partido de Isabel I. Por la apariencia de este templo, puede deducirse que su edificación data del siglo XIV. Actualmente su estado es ruinoso en su mayor parte

FOT. VADILLO



LA ESFERA

PÁGINAS ARTÍSTICAS



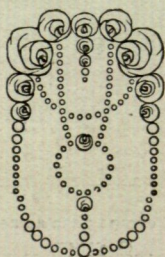
EL ANGELUS, dibujo de Miguel Hevia

LA ESFERA
PÁGINAS POÉTICAS



NOCTVRNO

Cuando en noches de insomnio y pesadilla,
con las uñas clavadas en el pecho
y escaldándome el llanto la mejilla,
estallo de tristeza sobre el lecho,
si con la farsa de tu amor deliro
y pronuncio tu nombre, que es suspiro
de amor y á un tiempo maldición de odio,
hasta el Angel Custodio
que me vela, agobiado de tristeza,
humanos gritos de dolor exhala,
y al sollozar oculta la cabeza
igual que un ave herida, bajo el ala!



Y el mismo Crucifijo
tallado en la pared, también parece
que me mira llorando y se estremece
cual si á mis penas suspirase:—¡Hijo,
templa tu sufrimiento con el mío,
compara con el tuyo mi vacío!...

También por redimir culpas ajenas,
mírame, con el pecho desgarrado,
goteando sangre sin cesar las venas,
toda una eternidad crucificado!

DIBUJO DE PENAGOS — FRANCISCO VILLAESPESA

LA GUERRA Y LOS LABRADORES



Mujeres inglesas recogiendo la cosecha de fresas

He aquí un curioso aspecto de la guerra en Inglaterra. Los hombres han huido de los campos para inscribirse en las filas del ejército y para ocupar en la ciudad los puestos que dejaron vacantes los obreros, empleados y servidores alemanes. También acuden muchos a los trabajos en los puertos y en los ferrocarriles, en las minas y en las fábricas, que han aumentado su producción y su tráfico.

La cosecha de las exquisitas y perfumadas fresas, que el inglés ama tanto; la del fresón pomposo, que es el encanto supremo de la mesa británica, está realizándose por mujeres, que no se parecen en nada a las esclavas del trabajo rural en las tierras del Mediodía, porque allá el sol no es implacable y no calcina los rostros y no aturde y embrutece.

Hay en esa labor campesina algo señorial, algo apacible,



Sobre el campo pasa un aeroplano

que nos hace dudar si estamos ante la realidad viva de una fotografía ó ante un cuadro de Watteau ó ante una égloga pastoril, soñada por Garcilaso. Pero he aquí que bajo las nubes grises surge un ruido hosco y seco. Las mujeres alzan la cabeza. Es un aeroplano que pasa... Es la guerra cruel. Hay un momento de turbación, de duda, de miedo... Inglaterra no creía que su suelo, ni su mar, ni su aire, pudieran ser profanados. Era un convencimiento que habían forjado los siglos; que había salido triunfador siempre que se le había puesto á prueba. Este convencimiento había profundizado hasta las últimas capas sociales del pueblo inglés. Y se refleja en el rostro de esas mujeres. Sí; un aeroplano pasa. Puede dejar caer una bomba sobre este campo apacible; pero ello acabará bien pronto é Inglaterra recobrará su paz y su poderío.

RESEÑA LITERARIA

De cuando subió á los altares el bienaventurado San Isidro



PAULO V

DE muy antaño venía Madrid mostrando predilección religiosa por aquel Isidro, mozo ejemplar que hubo á su servicio Iván de Vargas el rico, y al decir de la gente sencilla y devota, muchos y grandes favores debíale la corte de las Españas, y si la opinión popular hubiere valido, ya más de dos siglos habría que en los altares de la Fe tuviera puesto de honor.

La emperatriz Isabel mandó levantarle aquella famosa capilla, alrededor de la cual acude aún hoy en día á divertirse la gente, y así la aristocracia como la plebe holgábanse de tener uno de sus paisanos con lugar eterno en el cielo á la diestra de Dios Padre.

Mas acontecía que hubo un Pontífice, Urbano VIII, á quien esta devoción parecía intempestiva por no tener aún el beato mozo cédula de santidad y prohibió su culto público, pero no pudo evitar que el pueblo de Madrid siguiese teniendo la misma fe y reverencia para las preciadas reliquias del ardentísimo varón...

Con mucha cachazá dejaron los madrileños transcurrir el gobierno temporal de aquel vicario de Cristo, y así como el Señor fué servido de llamarle á su seno, nuevamente la clerecía hispana removi6 sus pretensiones para que el humilde labriego tuviese en el mismo templo de Dios un altar donde se le reverenciase.

Y como diz que cada día obraba mayores presigios, haciendo merced dellos al mismo Rey, á quien por algún tiempo arrancó de las garras de la muerte, decidióse Paulo V á decretar la beatificación que se le pedía.

Yo no sé si alguna nueva, por grande que fuere, triunfos de armas en tierra extranjera, noticia de famosas cosechas ó arriba á las costas de naves cargadas de plata y oro, háse recibido con el fausto y alegría que la ansiada bula, que elevaba al querido madrileño á la categoría de bienaventurado.

En la cortesana villa, por lo menos tengo para mí que ni la noticia que daba fe de la desastrosa rota del turco Solimán en aguas de Lepanto, fué con más júbilo recibida.

Mas no quiero hacer aquí nueva relación de aquellas famosas fiestas populares con que se celebró el religioso suceso, que éstas ya están suficiente y ampulosamente referidas por notables cronistas contemporáneos, pues extensos volúmenes se han consagrado á ello, como entonces era costumbre á toda bienandanza y toda desventura. La afición al oficio, mándame traer á cuenta no más de la parte que quedó encomendada al ingenio, y fué el más famoso certamen celebrado hasta allí. Dejáronse pasar dos días de la diversión popular y funciones de iglesia, y á 19 de Mayo entró la Poesía.

La iglesia parroquial de San Andrés (lugar donde reposaban los incorruptibles restos del

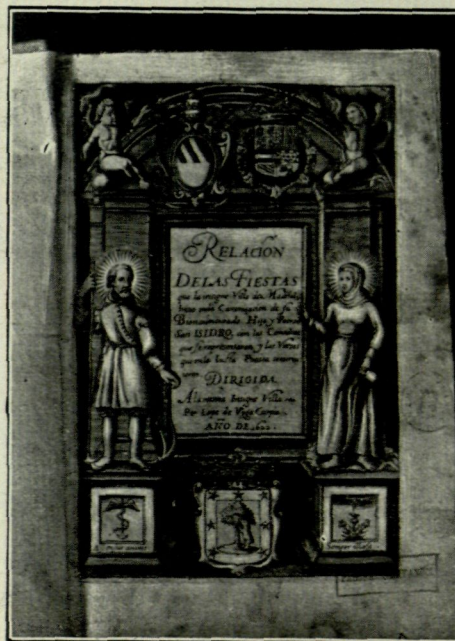


Capilla de San Isidro en la iglesia de San Andrés, de Madrid

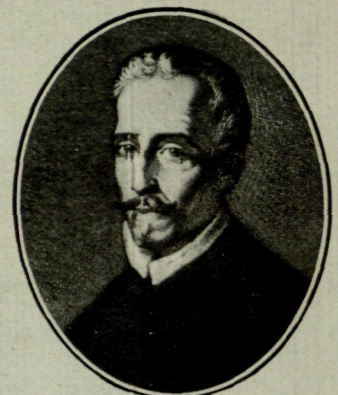
justo) fué la estancia elegida para el homenaje de las musas. Los más famosos maestros en rimas (algunos de los cuales á pesar de su grande fama han llegado á nosotros bastante oscurecidos), tomaron parte en el torneo.

Actuó como fiscal el Fénix de los Ingenios españoles Frey Félix Lope de Vega Carpio.

Si hemos de creer á las crónicas y relaciones particulares en que se loa y menciona el acto,



Portada del libro en que se relatan las fiestas realizadas en Madrid en el año 1622 en honor de su patrón San Isidro



LOPE DE VEGA

era el templo una verdadera azcua de oro, y nunca con más justo motivo se ha empleado esta frase, ahora en los tiempos cursis que corren.

Las más ricas tapicerías del Rey adornaban la nave.

El altar mayor y los cercanos á él lucían magníficos tocados de plata blanca escarchada, ofrecidos por los cinco gremios mayores. En el centro de la capilla mayor yacía el cuerpo del Santo, guardado en magnífica urna de plata de incalculable mérito, fabricada y cedida por el gremio de plateros. La silla y mesa desde donde Lope había de leer el certamen, estaba en frente de los jueces, con paño bordado y valioso recado de escribir repujado en plata.

Apenas acomodóse el tribunal, la música que había dispuesta dejase oír con notable

maestría y especial agrado de la concurrencia.

Así como cesaron los armónicos acordes alz6se de su asiento Frey Lope Félix y enmedio de un solemnisimo silencio, después de las obligadas cedullitas jocosas, rompió á leer con voz clara y sonora y en verso grave la oración inaugural, luego el cartel de la justa literaria y seguidamente por su orden las composiciones que fueron premiadas, el vejamen que en verdad no era sino panegírico de los poetas y últimamente el fallo del tribunal conforme al que fué repartiendo los premios.

Lope hizo su ofrenda poética á los nueve asuntos que se dieron, bajo el seudónimo del Maestro Burguillos, y como de algo habian de servirle sus privilegios con Apolo y el ser fiscal y secretario del certamen, premi6 una mediana glosa de su hijo Lope, poeta nuevo que aún no había cumplido los catorce años.

Con mucho entusiasmo fué recibido este juego de ingenio en honor del nuevo patrón de la Villa madrileña, aunque justo será decir que más hizo por él el pueblo con su bula que los poetas con sus lucubraciones, pues pocas pasaban de una vulgar medianía.

He aquí los nombres de algunos de los poetas premiados:

Calderón, Jáuregui, Luis Belmonte, Guillén de Castro, Montalván, Tirso de Molina, Salas Barbadillo, Mira de Amecura, Antonio de Mendoza, Francia y Acosta Castillo de Solázano.

Con el reparto de premios acabó el homenaje que el Parnaso Español hizo al neófito prócer de la Corte del Altísimo.

Y miren cómo se agradecieron las donosuras del Maestro Burguillos (esta cédula es colofón del libro en que fueron asentadas las justas):

«Al Maestro Burguillos, una pensión de alabar á todo el mundo mientras viviere y una libranza de 500 escudos en el Río de la Plata á cinco meses vista después del día del juicio. Dios nos le dé á todos en esta vida y en la otra su gloria...»

Biblioteca de Comunicación
Diego SAN JOSÉ

LA SOMBRA DE HÀMLET



—¿Eres el fantasma del amor perdido?

—¡Soy Hamlet! ¡Despierta!

Si mi voz extraña lacera tu oído,
niña desvelada, ciérrame la puerta,
pero inútilmente, pues por su juntura
soplarán mis labios vientos de ironía.
Quien rompe la piedra de su sepultura,
también tus cerrojos quebrantar podría.
¿Tú, quién eres?—dime—. Que eres hembra veo,
pero ¿cuántos hombres en tu pecho caben?
Uno, en tu delirio, y otro, en tu deseo,
y honesta te llaman los que no lo saben,
y, así, vais hilando vuestro eterno copo;
llenando de azahares la frente marchita
que abraza la culpa y absuelve el hisopo
con la clara lluvia del agua bendita.
Por mil conjunciones de casualidades,

tenéis limpios ojos, dorados cabellos
y labios con mieles de frivolidades
y alguna mentira siempre puesta en ellos.
¡Oh, si así no fuéseis!... La obra predilecta
del insano mundo, fué vuestra perfidia;
no hay tambor sin parche, ni mujer perfecta,
ni bruto sin celos, ni actor sin envidia.
Mas... goza tu ensueño, la tela de araña
que con polvo de oro tu sexo ha tendido,
acecha al mosquito que libre se baña
en ráfagas de aire con agrio zumbido,
zumbido, que es trova; de amores se queja;
bello talabarte brilla en su cintura,
y con tales galas, de la luz se aleja;
no quiere la vida, quiere tu clausura.
¡Canta, tú, sirena, arrúllale, canta,
que el mosquito es hombre y el misterio quiere;

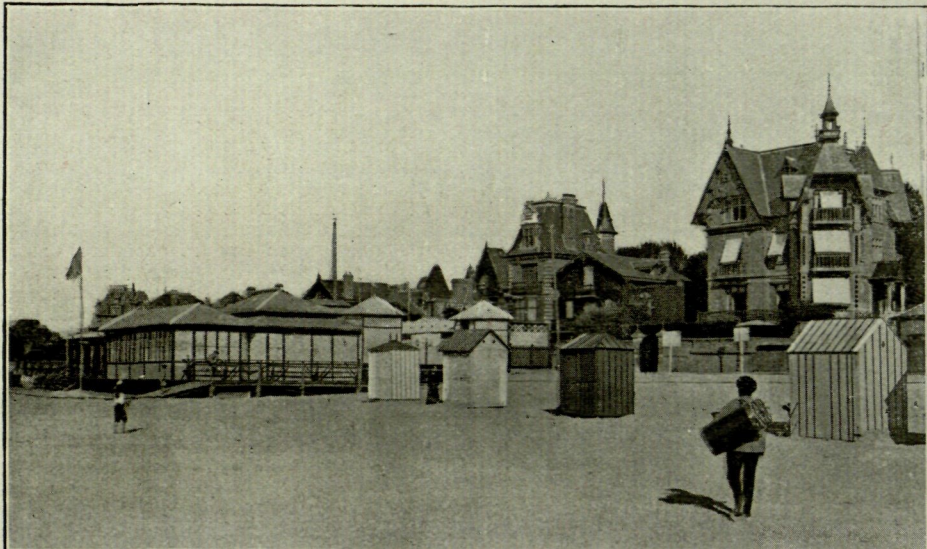
la feliz rutina le agobia y espanta;
no adora la vida, sino cuando muere,
y tú, que eres Parca, con cendal preciado
y enconada peste de encajes vestida,
tú, tan diestra en mimos, le has fanatizado!
¡Dale, pues, la muerte, dándole la vida!
¡Jura con los labios con que rezas, dile
que más que este mundo, durará tu amor,
y mientras lo digas, que el llanto destile...
—Ofelia, jurándome, lloró en Elsingfor—
y luego suicídate, que es muerte de gloria,
y así lo declaran los odios ajenos.
Los que mueren pronto, dejan bella historia...
dejan bella historia, porque cansan menos.

LEOPOLDO LÓPEZ DE SAA

DIBUJO DE M. RAMOS

Comunicación
Biblioteca General

LOS CASINOS TROCADOS EN HOSPITALES



El Casino de Beuzeval

moda y los ruidosos cotillones; los comedores donde se celebraban los suntuosos banquetes...

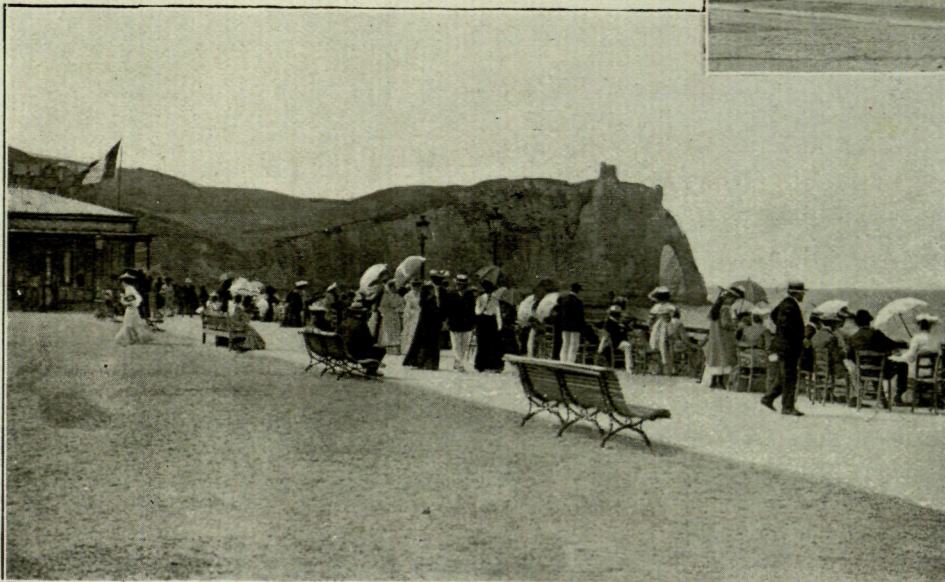
No había ya playa, por modesta que fuese, ni manantial mineral, por escasa virtud curativa que alcanzaran sus aguas, que no tuviera su Casino, con su mesa de juego, su sala de bailes, su orquesta de tziganos y sus mundanas á jornal. El verano pasado, como cuando estalló la guerra, los Casinos se quedaron vacíos; como los extranjeros huyeron á sus patrias y los nacionales corrieron á sus pueblos, y como todo el mundo creía que la guerra sería corta, los propietarios de los Casinos no tuvieron inconveniente en cederlos al Estado, para hospitales; antes, al contrario, fué esto como una purificación de aquellos lugares, donde el lujo encubría y disimulaba al vicio y el arte lo disculpaba como en todas las eda-



El Casino de Sainte-Adresse

á los heridos. Los pobres mutilados se hundirán en sus hogares míseros, se refugiarán en los asilos de inválidos. El Placer recobrará la posesión de sus templos. Las fiestas dionisiacas modernas resurgirán con más estrépito. ¡Se borrarán las huellas de la sangre generosa que allí fué vertida; se ahuyentará el olor repulsivo de la carne torturada y la mala peste de los desinfectantes; se rasparán en las paredes las cruces, las frases doloridas, las oraciones que han trazado los dedos temblorosos de los agonizantes, y se descubrirán los techos en que Dafnae aparece desnuda sobre su lecho recibiendo la lluvia de las monedas de oro!...

AMADEO DE CASTRO



La terraza del Casino de Etretat

des de decadencia. Y fué en Dieppe, en el Havre, en Houlgate, en Etretat, en Grandville y en La Bourboule, y también en todas las playas y balnearios del Mediodía, donde los Casinos quedaron convertidos en hospitales. Los grandes salones se vieron invadidos por las ringleras de camas. Las mesas del bacarrat y de los caballitos fueron expulsadas de aquellos lugares, donde el Dolor hacía su aparición trágica. A las mundanas sucedieron las afiliadas de la Cruz Roja, las enfermeras voluntarias que venían á compartir el duelo nacional con sus hermanos, con sus novios, con sus maridos, con otros hombres luchadores como estos, ofrecidos en sacrificio en el altar de la patria... Y aquel lujo, aquella alegría de los techos cubiertos con cuadros simbólicos, donde la Fortuna y el Amor atraían incautos, donde Dafnae recibía lluvia de oro desnuda sobre su lecho, donde Venus se mostraba calzada con zapatitos Luis XV, eran un reproche, eran una burla para los que, heridos,



La playa del Havre

PÁGINAS POÉTICAS



La balada del lujo

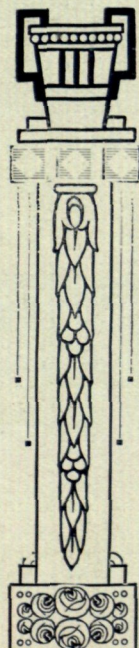
Noble dama de altiva hermosura
que entre el lujo, de espléndidas salas
magníficas tu humana escultura
deslumbrante de joyas y galas,

coronada de perlas la frente,
como un marmol perfecta y radiosa,
con tu porte de reina indolente
y tus líneas augustas de Diosa...

¡Si el valor de tus galas supieras
y aún guardasen piedad tus entrañas,
á raudales el llanto sintieras
resbalar por tus negras pestañas!...

Para darle el fulgente tesoro
de esas perlas de oriente irisado
que á tu frente se engarzan en oro,
¡cuántas vidas el mar se ha tragado!...

No son perlas que fulgen radiosas...
¡Son las últimas gotas de llanto
que en las muertas pupilas vidriosas
se quedaron cuajadas de espanto!...



Y esos limpios y vivos rubíes
que en tus manos fulguran tan rojos:
tal se encienden y sangran los ojos
de encelados y ardientes neblíes;

¿arrancados no son del veneno
de la sangre humeante y calina
que ha sembrado algún pálido obrero
en la sombra espectral de la mina?...

Por labrar ese encaje que ceta
el candor de tu seno nevado
¡cuánta casta doncella ha pasado
la frialdad de las noches en vela!...

¡En silencio labraba esa alhaja,
medio muerta de sueño tosía,
á la par que la tisis tejía
en la sombra también su mortaja!...

Bella dama que fuiste el encanto
de las nobles y espléndidas salas,
abomina y desprecia tus galas...
¡Vas vestida de sangre y de llanto!...

F. VILLAESPESA

DIBUJO DE BARTOLOZZI



LA ORQUESTA NAVE SONORA

El lago del silencio se riza en leves ondas
al paso del sonoro bajel de la armonía.
Se despiertan los ecos dormidos en las frondas.
Cada hoja es una lengua que canta al nuevo día.

Al unánime impulso de cien remos de plata
el Bucentáuro avanza majestuoso y lento,
y en el áureo cordaje de las arpas, el viento
dice al agua dormida su doliente sonata.

Gimen los violoncellos, negros cisnes cautivos,
curvando docilmente sus cuellos ondulantes
bajo la presión de los dedos sensitivos
que atormentan celosos, ó acarician amantes.

Son como surtidores las flautas cristalinas,
y los metales fingen relámpagos sonoros.

Cascadas de diamantes las liras argentinas.
El Bucentáuro avanza cargado de tesoros.

Súbitamente el agua del silencio se agita.
Una tormenta surge cuando nace la aurora,
y, al clamor de los truenos de tímboles, palpita
el corazón gigante de la nave sonora.

La tempestad enciende un fuego de armonías.
Cada ola es una llama; todo el lago un volcán.
Cantan los tripulantes un himno de agonías
mientras manda, en el puente, heroico, el capitán.

Han prendido los rayos celestes en las velas
del navío, el incendio, que un gran viento propaga,
y en vano multiplican los remos sus estelas
sonoras, sobre el lago donde el bajel naufraga...

El incendio armonioso fué como una ilusión,
el fuego de artificio de una polifonía
fantástica. Del buque la frágil armazón,
hundida en el silencio, está hueca y vacía.

Diríanse los restos del festín de una orquesta
perdidos en las sombras de un salón de conciertos,
después de terminada la sinfónica fiesta:
Esqueletos de atriles sobre instrumentos muertos...

Cada violoncello en su negro ataúd.
Las arpas enfundadas, el metal sin reflejos,
y sobre el catafalco del piano un laúd,
y una danza macabra en los vagos espejos....

Goy DE SILVA

DIBUJO DE ECHEA

ARTISTAS
JOVENES

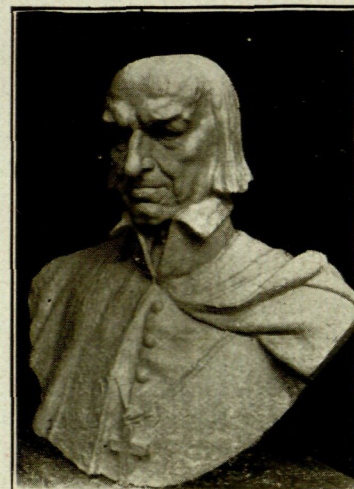
EL ESCULTOR LEÓN BARRENECHEA



"FRANCISCO DE QUEVEDO"



"LA VACA CIEGA"



"JERÓNIMO QUINTANA"

En la última Exposición Nacional, lo menos importante ha sido la sección de Escultura. Pero esa misma insignificancia de la sección sirvió para que resaltarán brillantemente aquellas obras que por su mérito debían destacarse.

Una de estas obras era *La vaca ciega*. Había el autor de *La vaca ciega* buscado su inspiración en una admirable poesía, verdadera joya de la literatura catalana, original de Juan Maragall.

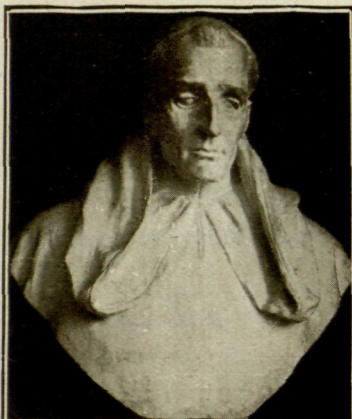
Ya esto acusaba un selecto espíritu de artista; porque no pensó en contorsionar una figura para mostrar conocimientos anatómicos, ni dió en elegir esos grupos amorosos que son tan fáciles de modelar como de titular, según hemos visto varios en la sección desdichadísima de este año. No. León Barrenechea, al concebir *La vaca ciega*, quiso ahondar en el espíritu de un gran poeta, representar un momento sentimental, difícilísimo de interpretar por hallarse encarnado en una bestia. Todo en su obra se adapta a la idea noble, emocionada, íntima, que inspiró al poeta Maragall. Un sentimiento íntimo de ternura nos invade ante la silueta bellamente modelada y en la que la dulzura total no excluye los aislados vigores de la ejecución.

La cabeza es muy notable. Se adivina la complacencia con que Barrenechea fué buscando la expresión desoladora del pobre animal ciego. Acaso el único reproche que pudiéramos hacerle fué el del patinado tan obscuro, casi negro, que si bien libró a *La vaca ciega* del desagradable aspecto de la escayola, tan incapaz de mostrar el modelado en toda su belleza, borró, en cambio, muchos detalles importantes y perjudicó notablemente al conjunto total.

El Jurado no estimó digna de recompensa a *La vaca ciega*.

No nos sorprendió este olvido del fallo, tan desdichadísimo y arbitrario.

La elevación moral, el delicado espíritu de Barrenechea merecían un premio.



"TIRSO DE MOLINA"



LEON BARRENECHEA

No andamos tan sobrados de escultores que sepan sentir y pensar...

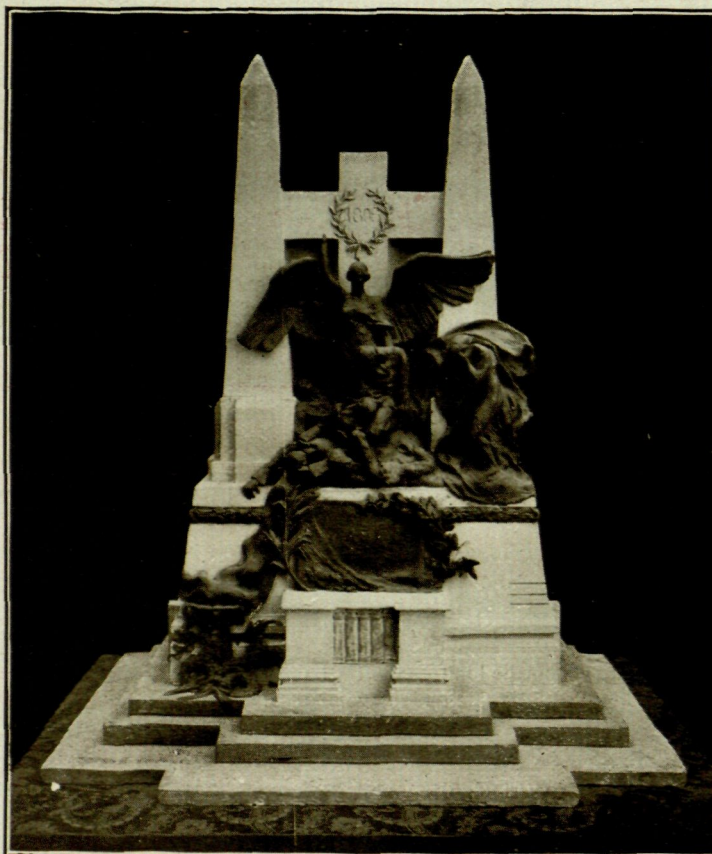
León Barrenechea es joven. Apenas ha doblado el cabo de la primera juventud y ya tiene en su haber varios triunfos. Nació en Irún y desde muy niño se consagró a la escultura. Tiene un gran entusiasmo por su arte, que no perdió al ingresar en aquella «fábrica de monumentos» que constituía el estudio de Agustín Querol.

A pesar de las enseñanzas de Querol, Barrenechea tiene de la escultura el concepto sereno, tranquilo, que se debe tener y que es en nuestra época como un retorno a las edades clásicas.

En Barrenechea hay que estimar dos orientaciones claramente definidas: el retrato y el arte decorativo.

En retrato ha realizado obras tan notables de carácter y de técnica como el busto de D. Ricardo Torres Reina, los de los señores Verdugo y Zavala y el de la sutil figura de mujer *Flor de otoño*, premiada con mención honorífica en la Exposición Nacional de 1912.

En arte decorativo la riqueza imaginativa y el buen gusto de Barrenechea encuentran más amplio campo donde desarrollarse. Es, también, donde ha obtenido más positivos triunfos.



"PROYECTO DE MONUMENTO A LOS MARTIRES DEL 2 DE MAYO"

En la primera Exposición Nacional de Arte Decorativo (año 1911), su relieve *Amor y Muerte* obtuvo tercera medalla. Al año siguiente, en un concurso nacional celebrado por el Círculo de Bellas Artes, obtuvo el segundo premio, y, por último, en la segunda Exposición Nacional de Arte Decorativo (año 1913) fué premiado con segunda medalla.

Y cuando se recuerda que León Barrenechea no ha cristalizado todavía su temperamento y su técnica, acusadas ya con tales firmeza y seguridad, no es muy aventurado nuestro optimismo de considerarle como una de las más legítimas esperanzas de la escultura contemporánea.

S. L.



"RETRATO DE MUJER"

LA ESFERA

LA GUITARRA ANDALUZA



El amor es como el aire,
que unas veces acaricia,
otras arranca los árboles.

Pajarillo de mis bosques,
¿quién pudiera confiarte
los secretos de mi pecho,
para que tú los llevases?

Ya ves si te quiero bien
y no te olvido jamás,
que por estar bien contigo,
con todos me porto mal.

Aire y tierra, mar y fuego,
en que te olvide se empeñan,
mas te querré por encima
de aire y fuego, mar y tierra.

No temas que dé al olvido
palabras y juramentos,
que mi pecho es de diamante
y mi palabra de acero.

No temas que te abandone,
ni que te olvide presumas,
¡que te quiero con el alma,
y el alma no muere nunca!

Desde que voy para viejo,
canto sin cantar á nadie;
¡á las flores sin perfume
se parecen mis cantares!

Creció aquella siempre viva
en el fondo del barranco,
como ha crecido en mi pecho
este cariño olvidado.

Húmedo está mi pañuelo
de tanto llorar por tí,
y al mirarte me sonrío
como si fuese feliz.

No mido noches ni días,
cuándo el sol sale ó se pone;
¡cuando estás cerca, es mi día!
¡cuando estás lejos, mi noche!

Hay algo que nos acerca,
hay algo que nos atrae,
¡lo que piensas adivino,
aunque lo que pienses calles!

Niña que se pone triste,
que le reza á San Antonio,
que no deja los balcones...
¡está rabiando por novio!

Me voy á hacer ermitaño,
y quiero fundar mi ermita
frente á frente á los balcones
de la casa donde habitas.

Llevando su lazarillo
pasan los ciegos la vida,
pero los ciegos del alma
no tienen quien los dirija.

Que al amor le pongan alas
es cosa muy natural,
pues vuela de pecho en pecho
y nunca quieto se está.

Guardo dentro de mi pecho
todo un nido de palomas,
que se cambian en suspiros
para posarse en tu boca.

Las flores de mis jardines,
á tus ojos se asemejan;
¡mis flores vierten rocío;
¡tus ojos derraman perlas!

NARCISO DÍAZ DE ESCOBAR
Biblioteca de Comunicació
i Hemeroteca General

DIBUJO DE ECHEA

DE OTROS
TIEMPOS

LA EXPIACION DE LA CRUELDAD



Primera, segunda y tercera etapas de la crueldad

Hé aquí cuatro estampas satíricas: son grabados al aguafuerte por Guillermo Hogarth a principios del siglo XVIII, para ilustrar una poesía moral inglesa. Titúlase *La Crueldad*, y confieso que días atrás, cuando dí con ellas, causáronme no poca impresión y sugirieron no pocas meditaciones. Están representadas en cuatro solamente las etapas que la dureza de corazón hace recorrer al hombre impulsivo y mal educado. En la primera, se ve varios chiquillos y varios mozalbetes poniéndole maza á un perro, é hinchando otro al clásico modo que Cervantes cuenta en el Prólogo de la Segunda parte del Ingenioso hidalgo: tarea no muy fácil, según dice el loco protagonista del chascarrillo. Al mismo tiempo, se ve á dos mozos con la espada en la diestra y un gallo en los brazos, dispuestos á echarlos á reñir: *el deporte enemigo* de la bondad de corazón, le llama el poeta inglés. Son los primeros síntomas de la majeza.

En la segunda aguafuerte se ve á los mismos, ya hombres, apaleando bestias indefensas.

En la tercera, esta gúapeza se extiende á otro ser que, en no pocas ocasiones, es la bestia de más indefensión: la mujer. Yace víctima suya.

En la última, su título *La expiación de la crueldad* parece impropio. El lector que la considere atentamente, creará hallarse ante la pintura de una horrible escena inquisitorial ó de los últimos tiempos del paganismo, cuando en nombre de los dioses se hacía con los primeros cristianos las mismas y aun peores carnicerías, que más tarde se atribuyeron á los defensores del único Dios. Parece que un verdugo está vaciándole un ojo, mientras otro le taladra un pie, otro le anda revolviendo el mesenterio en el abdomen, abierto como de dos cuchilladas. La propia cara en una expresión trágico-ridícula de queja y de sufrimiento, no se sabría decir si mueve á compasión, á horror ó á risa. Como expiación de la crueldad, sería más cruel que el propio delito. Pero no hay tal. Ni tortura, ni ejecutores de bajas justicias. Se trata de una lección de anatomía. El artista, atenuando con su humorismo el mal gusto de su Musa, ha puesto detalles fantásticos y graciosos: ved el corazón al extremo de un intestino que parece un pedazo de burlete, y un perro olfateándolo, como si el anfiteatro anatómico fuese el lugar más adecuado para estar *el mejor amigo del hombre*...—si diese dinero, como decía no sé quien—. El cadáver que sirve para la disección es el de un ahorcado, según puede colegirse por la soga, tan ceñida, que el cuello parece una percha sosteniendo una cabeza.

Seguramente habrá causado esto no poca extrañeza á muchos lectores. No sólo hay para extrañarse, sino para meditar. En aquella época, como si el ajusticiado no hubiera pagado bastante su culpa con la vida, se le

utilizaba para la necropsia. Ahora lo toman bajo su amparo los Hermanos de la Paz y Caridad, y considerándolo bastante sopapeado por las manos de escribas, alguaciles y verdugo, le dan cristiana y tranquila sepultura. Ahora también la necropsia se practica en infelices que murieron en los Hospitales, por muy honrados y sufridos que fueran en vida, con este absurdo régimen social; ¿cuáles usos eran más piadosos, entregar á la Ciencia los cadáveres de los reos ejecutados, ó los cadáveres de personas que por ser infelices en todo no tuvieron parientes ni amigos que los reclamasen?...

Esta costumbre de utilizar el cadáver de los reos no sé de qué tiempo vendrá en los distintos países. Ni sería este el lugar para hacer su historia, ni fuera yo el más indicado para extractarla. En Francia data del reinado de Luis XI, y si recuerdo su origen es por curioso é interesante. Hasta entonces no había nacido el arte de extraer la piedra de la vegiga del hombre por el procedimiento llamado talla. Los médicos pidieron al Rey que les concediera la persona de un franco-arquero condenado á muerte y que padecía de mal de piedra, para ensayar la posibilidad

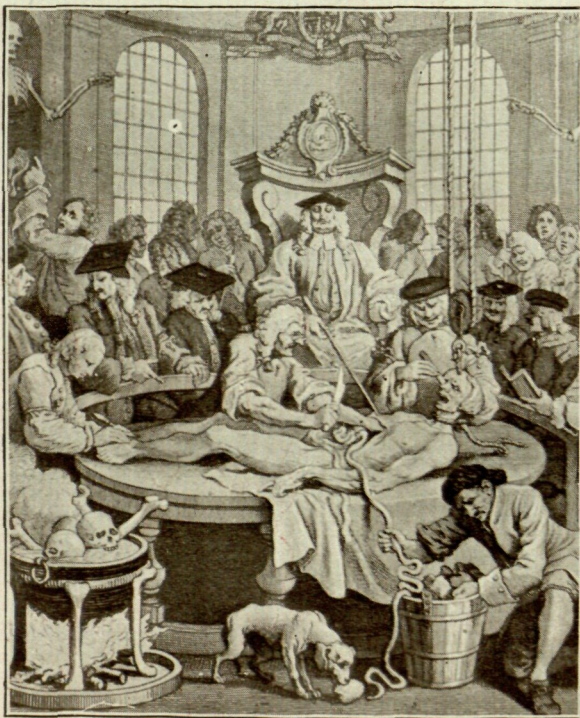
de extraérsela por medio de una operación quirúrgica, sin que costase la vida al paciente, «operación»—decían en su solicitud al monarca—*que no puede legítimamente intentarse más que con un hombre condenado á la última pena*. Es decir, con un hombre que hubiese de morir de todos modos. En aquellos tiempos se tenía por un sacrilegio el servir para una experiencia anatómica de un cadáver humano, prejuicio que duró en Francia hasta después del Rey Sol, y no sólo se consideraba un sacrilegio, sino que estaba terminantemente prohibido por las leyes; para ello se utilizaba animales, particularmente monos y, en más abundancia, perros y cerdos. ¡Quién sabe si Hogarth, en la estampa motivo de estos comentarios, no quiso simbolizar humorísticamente el desquite de la raza canina!...

Luis XI accedió á la demanda de los doctores, con la condición de que el reo consintiese en dejarse operar, y hasta para predisponerle de modo favorable á la operación, le prometió su real gracia y una buena suma de dinero, en el caso de que sobreviviese á la experiencia. El reo no dudó apenas. Dejose operar... Ha de advertirse que la operación era arriesgada por la falta de costumbre en los operadores, pues entonces los que padecían aquel mal se morían por no haber quien se atreviese á operarles, igualmente que á las víctimas de una hernia estrangulada ó de heridas profundas en el abdomen, resistencia á la cirugía que hacía á aquellas dolencias como á estas lesiones mortales de necesidad. Otro peligro, mayor aun si cabe que la muerte, tenía la talla: lo doloroso de la operación por no haberse descubierto aún los anestésicos.

Riesgos, torturas y dolores sufrió con paciencia el franco-arquero, y extraída felizmente la piedra, curó, y como fué una de las pocas veces que Luis XI cumplió su palabra, recobró la libertad y murió de edad avanzada, no mal acomodado, y después de muchos años de salud á carta cabal. ¡Sorpresas y burlas que juega el Destino á los hombres! ¡Quién hubiese podido creer que un delito había de devolver la salud y la libertad y dar dinero encima al culpable!... Sin embargo, esa es la inmoral moraleja de la anécdota.

Por entonces se concedió á la Facultad de Medicina de París el privilegio de exigir *la justicia del lugar un hombre vivo y un hombre muerto*; el primero, siempre que consintiese en dejarse operar; el segundo, para la necropsia. Por esto Hogarth representó el cadáver despanzurrado de un reo en una lección anatómica. Antes, la necropsia era la expiación de la crueldad.

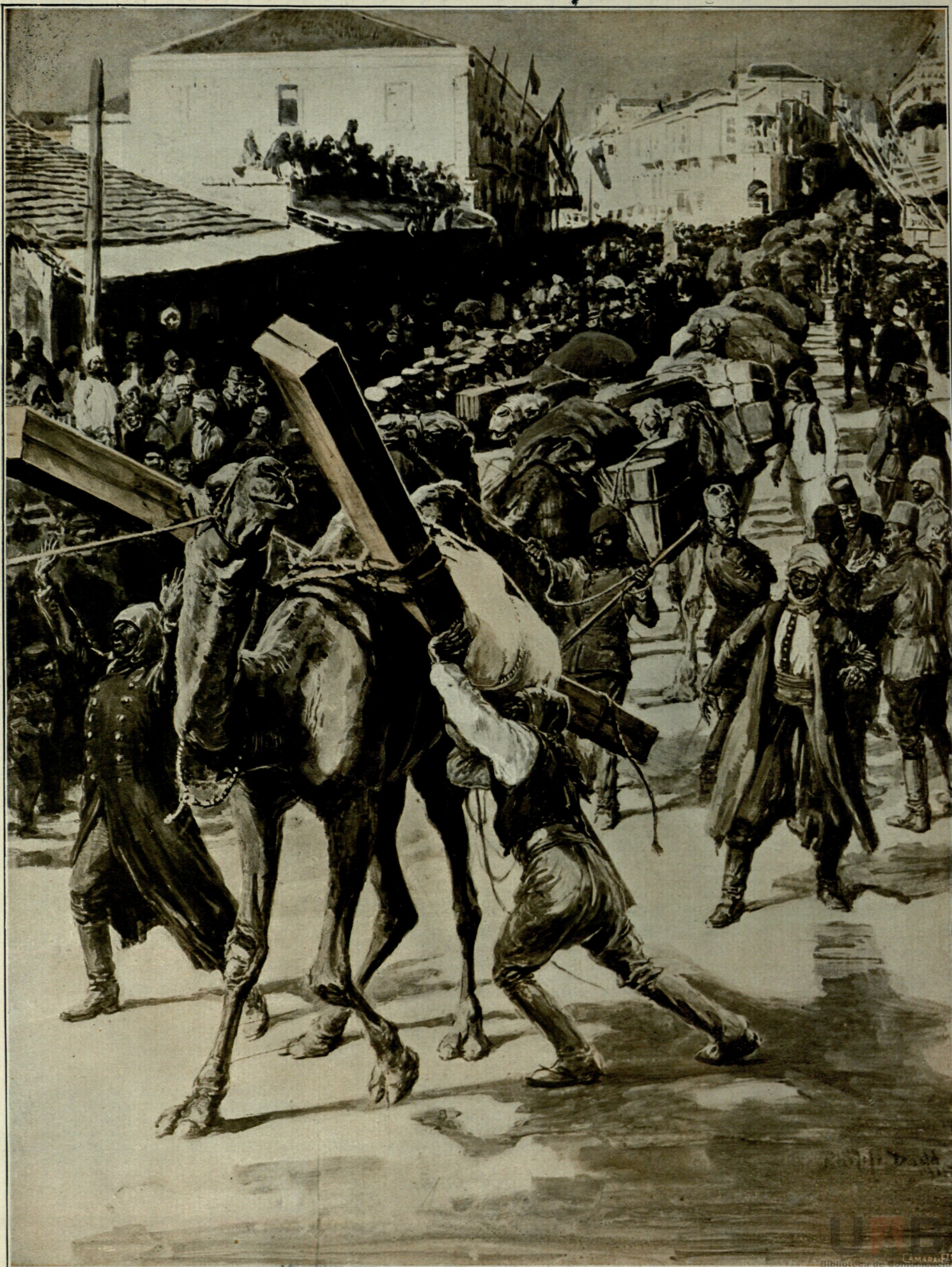
Hoy, diga lo que quiera la Ciencia, es la expiación de la insignificancia y de la pobreza; de la falta de un amor...



Cuarta etapa de la crueldad. Aguafuertes de Guillermo Hogarth (1697-1764)

E. GONZÁLEZ FIOLE

LA GUERRA EN ORIENTE



UNA CALLE DE JERUSALÉN DURANTE LA SEMANA DE MOVILIZACIÓN DEL EJÉRCITO TURCO EN PALESTINA

DIBUJO DE FELIPE DADO

CUENTOS ESPAÑOLES
LA PIEDRA DE SÍSIFO



Es un regalo del maestro, de Jacinto Benavente; me lo dió anoche al felicitar me por mi éxito—dijo el poeta, mientras chupaba con sibarítica fruición el largo *caruncho*. Luego, con la mirada, buscó donde esparcir la ceniza.

—No te canses, Juan, no tenemos cenicero—exclamó su mujer con la voz doliente de las resignaciones.

—Todo se andará, todo llega—repuso el poeta—. ¡Todo llega! Con esta frase me dió la enhorabuena anoche Fernando Montero, que tiene cincuenta años, muchísimo talento y aún no ha conseguido estrenar. ¡Ya ves! ¡Montero es un pensador, un filósofo!

Siguió fumando. El aromoso habano que negreaba entre sus labios era como un contrasentido, como un anacronismo, en aquel pobre comedor de piso de ocho duros. Sobre el mantel, lleno de remiendos y zurcidos, entre la vajilla, dispareja y desportillada, aparecían las manchas violáceas y pardas de vinazo y de café. En las paredes, unos dibujos al lápiz y al carbón—muñecos disparatados que trazaron los hijos del poeta— interrumpían la candidez dudosa del desconchado estuco.

La mujer miraba á su marido con una mirada profunda y húmeda, de admiración inconsciente

y de amor infinito. Era aquel mirar humilde de los perros fieles, que todo saben de la ternura y nada de la razón. Ella había franqueado ya el cabo de los treinta años; estaba gruesa y deformada por la maternidad, y tenía aquella palidez de cera tan frecuente en los que han padecido largos cautiverios sin los besos del sol.

—¿Cuándo vas á ver mi obra?—preguntó el poeta levantándose.

—¡Te la he oído leer tantas veces!—repuso ella—. Pero mira, en un día quebrado, entre semana, iría con gusto.

—Yo pediré un vale para el lunes—y sin querer despedirse de los nenes por no despertarlos, besó á su mujer, con un beso que tenía más de afecto fraternal que de amor, y más de hábito que de afecto fraternal, calóse el fieltro, se embobó en la capa y salió.

Juan era vanidoso, ingenuo, soñador y bueno. Un lírico sueño de arte le trajo desde su provincia á Madrid, y en Madrid había vivido muriendo, pero ayuntando rimas sonoras y dejando oír en los cenáculos literarios su verbo, demolidor implacable de todo lo que consagraba la rutina.

—La juventud debe tener un ideal—exclamaba—y debe ser sincera, violenta, iconoclasta.

Con semejantes teorías, no eran numerosas las colaboraciones y las ganancias, en un medio donde se vive del bombo mutuo, donde el novelista suele ser editor y el autor dramático empresa teatral. Sufrió mucho; pero tejió versos y urdió dramas y comedias, que leía á sus camaradas en el café. Después del éxito de seis sonetos eróticos, en la tertulia de *El Gato Negro*, en un momento de fe y de exaltación romántica, decidió casarse con la novia de sus veinte años sentimentales, y partió á su pueblo para volver con su compañera á Madrid, sin más patrimonio que unos miles de reales, que volaron—la dote de ella—, y su ensañado porvenir de autor dramático. Y tornó á vagar muchos años por los saloncillos de los teatros, con sus obras, que no todos querían leer y nadie quería estrenar.

Oyó majaderías que rechazó altivamente, consejos, que no siguió, y promesas, que nunca le cumplieron; vió encumbrados á muchos que llegaron después de él y que no soñaban ni amaban el arte; pero duro, voluntarioso e incomprendido, tuvo el heroísmo de perseverar con el ardor de un iluminado y la paciencia de un benedictino, renunciando á la hospitalidad cariñosa que le ofrecían sus suegros en la paz provinciana, donde otros como él, Pérez, Ramírez,

González, sin inquietudes ni vigili-
as, medraban por la recomendación, la intriga y el apañío, co-
brando unos miles de reales en el Ayuntamiento, el Juzgado ó el periódico. El, no; él había lucha-
do, había *vivido una vida* intensa, toda erizada de pequeñas desesperaciones cotidianas, toda florecida de esperanzas eternas, y había estre-
nado al fin en Madrid y el éxito había coronado su esfuerzo. ¡Ah, con qué desdenosa piedad se sonreía ahora de Ramírez, de González y de Pérez, futuros caciques sin poesía y sin ideal, que engordaban á la sombra en la alameda del pue-
blo, donde la gracia campesina y tosca de las señoritas cursis y los valeses dulzones de la murga dominguera, eran todo el regalo de sus ojos, ciegos á la belleza, y de sus oídos, sordos á la armonía. No; él era de otra casta, de otra mate-
ria, de otro espíritu, y pensando así, ébrio de orgullo, recordó la ovación interminable, las en-
horabuenas, el abrazo cariñosísimo del primer actor, y la frase de Montero: «todo llega, joven, todo llega; hay que trabajar». Y él había venci-
do; él era, desde hacía veinticuatro horas, un autor aplaudido; el éxito se repetiría en la segun-
da representación, y ansioso de saborearlo, apresuró el paso.

El aspecto de la calle por donde transitaba muy poca gente, puso por un momento una idea triste en su esperanza. La lluvia, lenta, monóto-
na, repiqueteaba sobre los tejados, sobre los cristales, sobre las piedras. En medio del arroyo, en los desniveles del piso, unos charcos cuya superficie brillante y tersa, rompían las pa-
tas de algún caballo y las ruedas de algún coche. En la gris uniformidad del ambiente, sobre la humedad oscura de las aceras, sólo los faroles dejaban la alegría de su luz.

—Mal tiempo hace—
pensó—¿No habrá un lle-
no como anoche?

El poeta fué viendo al pasar, los cafés llenos de gente. Las luces quebra-
ban el haz de sus rayos en el rojo y el ambar de los vinos y los camareros iban y venían envueltos en el humo de las cafeteras y de los cigarros. De las bocas de los albañales sa-
lía un vaho cálido y mal-
oliente, á relieves de pitan-
za, á salsas, á aguas de fregar. La ciudad termina-
ba de comer. De una torre lejana partieron nueve campanadas, amplias, isó-
cronas, como poniendo nueve sombras sonoras en el profundo azul.

—Es temprano aún —
pensó—toda esta gente irá á aplaudirme, y vuelto al optimismo, acariciando la realidad de su triunfo, lle-
gó por fin al teatro.

El portero le saludó sin descubrirse.

—¿Hay gente, Pedro?

—Poca, señor.

En el escenario vió toda la noche unas caras muy largas que no le sonrefan.

El primer actor le dijo muy nervioso:

—Nada, chico, no vien-
nen, ya no sé qué hacer.

El empresario fué más brutal.

—Sábado, y no hay doscientas pesetas, ¿eh? ¡Véngase usted con litera-
turas ahora! Le escupió casi á la cara, cruzándose de brazos y sacando el vientre donde lucían la ca-
dena y los dijes.

Al final del segundo ac-
to, se oyeron unos aplau-
sos y la llamada clásica:
¡El autor, el autor!

—¡Son pocos pero agra-
decidos!—exclamó el ga-
lán—, y casi á la fuerza le sacó á escena.

—¡Bravo, bravo!—le di-
jeron unas pocas voces compasivas—, mientras

los *alabarderos* batían friamente á compás, sus palmas de mercenarios.

En la sala del teatro casi vacío, el blanco de las molduras, artesonados y antepechos, tuvo para el poeta una lividez de catástrofe. Aquellos aplausos que partían débiles de pequeños gru-
pos aislados, no podían tener para el poeta calor de entusiasmo ni de sinceridad. En el patio de butacas desolado, bajo la bóveda del techo, todo sonaba á hueco, y de la colmada copa de su corazón rebosaba su amargura. Al caer el telón por última vez, vió al bombero de servicio dormido en la primera caja. Aquel sueño valía toda una crítica severa. Luego en el pasillo, en la tablilla de ensayos, leyó:

A LAS TRES: GENERAL CON TODO.

La conquista del teniente.

Se iba á estrenar un *vaudeville* francés, tradu-
cido en sabia colaboración por siete maestros del retruécano.

El poeta entró en su casa cauteloso como un malhechor.

En el pasillo resonaba la respiración ino-
cente de unos niños dormidos. Miró á la al-
cobita; los cinco nenes, en una sola cama, apre-
tados unos contra otros, y por el suelo unos zapa-
titos viejos, sucios, deformados. En su ha-
bitación, la pobre compañera dormía con el úl-
timo chico en los brazos. Sobre la negra cabe-
llera, esparcida en la almohada, blanqueaban las canas prematuras de aquella mujer sin juven-
tud, que se había marchitado triste, lejos de sus

padres, lejos de su pueblo natal, esperando el triunfo de su poeta.

Juan se miró al espejo, y se vió mal vestido, pálido, macilento, viejo ya, con sus cuarenta años inútiles. Y miró su mirada; miró con sus ojos tristes, los tristes ojos que le miraban desde el cristal, y se sonrió á sí mismo, con desde-
ñosa compasión. Hasta entonces no había tenido conciencia de lo efímero de una vida que no fué de provecho ni para él ni para sus semejantes; hasta entonces no comprendió toda la infamia que había en el egoísmo y la vanidad con que sacrificaba á su pobre mujer y á aquellas seis criaturas. Y se le antojó la de escribir versos y comedias, tarea poco digna para un hombre serio, cosa de pasa tiempo, de romanticismo y de mocedad. El, acaso no llegaría nunca, y... aun en el caso de llegar... ¿Para qué? «Todo llega...»—repitió, recordando la frase de Montero, el inédito de cincuenta años, «todo llega», y también la muerte, agregó, y pareció entonces que llegar era sinónimo de dolor. Llegar, era decir, esperanza colmada, dulce promesa que tórnase desencantada realidad. ¡Dolor! Dolor de llegar, en el mejor de los casos, al triunfo, al éxito, al poder, á todo lo que se escala penosa-
mente para descansar muriendo en el desencanto de la cumbre; dolor de la responsabilidad; dolor de las obligaciones para con quienes encumbraron al encumbrado; dolor de alcanzar siempre el valor atribuido para no perderlo; dolor del falso reposo y del término inútil; dolor de ser algo, mucho, sin la halagadora espera de ser más.

Y recordó con envidia á Rodríguez, á Gon-
zález y á Pérez, que allá, en su provincia, por no soñar, ni ascender, ignoraban en la vasta quietud de la llanura la opresión desesperante de la montaña.

¡Ah, paz, bendecida paz del que no quiere lle-
gar! ¡Santa, humilde y noble labor de hormiga sin el huero cantar de la cigarra! ¡Suave y mono-
tono sucederse de los días sin la triste inquietud de la ambición!

—¿Qué tienes, Juan?
¿Por qué no te acuestas?
¿Te pasa algo?—inqui-
rió la mujer desde su le-
cho.

La vanidad, lo más fuer-
te en él, que hasta en eso era poeta, le obligó á mentir.

—Nada, he retirado mi obra, me peleé con la em-
presa; pero no te apures, voy á llevar á otro teatro, al mejor, á la Compañía de Fernando y María, aquella comedia que planeé anteayer. Voy á empe-
zarla ahora mismo.

—¡Ahora, Juan!...

—¿Te molesta la luz?

En aquella santa mujer la resignación era ya un hábito.

—No, me vuelvo del otro lado; pero no tra-
bajes mucho no te haga daño.

Y como Juan, que tuvo buen sentido un instante, era demasiado español para no creer que tenía en la cabeza una gran obra teatral, y era demasiado Quijote para poder vivir sin su locura, se sentó ante la mesa y empezó á escribir, con la misma fe de siempre, estas pala-
bras:

«Acto primero. Un sa-
lón. Puertas al foro y dos laterales. A la derecha, primer término...»

Biblioteca de Comunicación

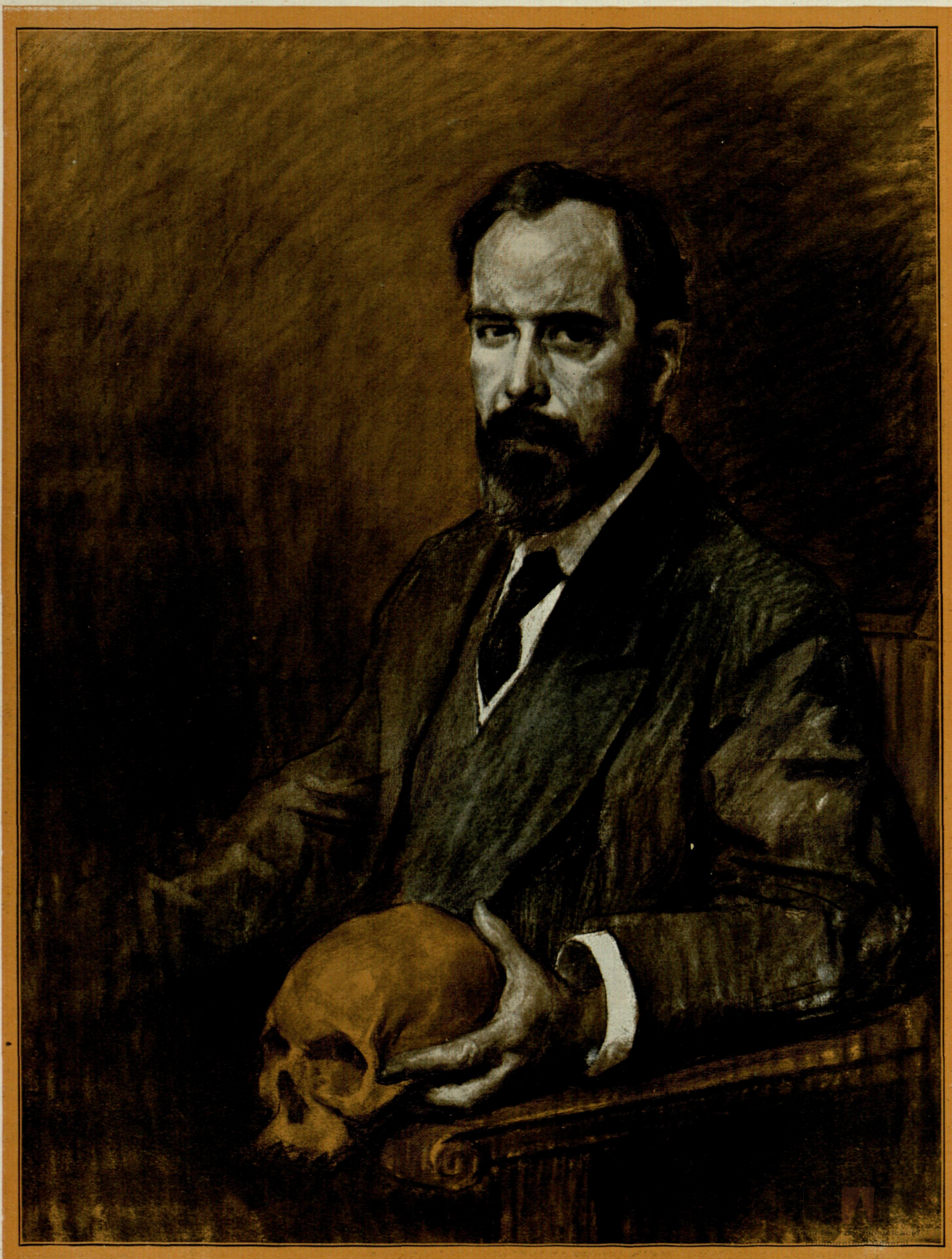
Memoteca General

FELIPE SASSONE

DIBUJOS DE IZQUIERDO DURÁN



LA ESFERA
PRESTIGIOS ESPAÑOLES



DR. D. FRUCTUOSO CARPENA
Eminente antropólogo, director del Instituto Criminológico Español

RETRATO AL LÁPIZ POR SOTOMAYOR

ANTROPÓFAGOS Y HECHICEROS

LA OBRA DE CARPENA



Indio aymará en las ruinas de Tiahuanaco (Bolivia)

HACE pocos días encontró usted, querido lector, en el periódico que á diario le entretiene, la noticia de que varios médicos y abogados habían festejado con un banquete el éxito obtenido por Carpena en su expedición científica al Sur de América.

No le dé á usted rubor confesarlo. Ante aquellas líneas quedóse un poco perplejo y quiso hacer memoria... Carpena... Carpena... Sí, ciertamente debería de ser un sabio, puesto que su expedición había sido científica y puesto que al regresar le recibían unos cuantos amigos con la copa de *champagne* en alto; pero á usted aquel apellido no le sonaba. Acaso fuera el mismo que antaño diera una conferencia en el Ateneo; acaso el autor de un libro que usted no había tenido curiosidad por leer ni incentivo para comprar... Acaso no fuera ni ateneísta, ni autor, ni sabio. Y si lo era, ya se encargaría la Fama de clavetearle á usted aquel nombre en la memoria. Y doblando el periódico, buscó otras líneas de más ameno entretenimiento.

Igual le ocurrió á usted con el nombre de Cajal. Fué preciso que en el extranjero le resonaran para que aquí lo escuchásemos. Y así, Dorado Montero, y así, Torres Quevedo, y así tantos otros. Y seguirá ocurriendo, y usted, ciudadano español, al que se acusa de ignorancia, no tiene la menor culpa de ello, porque no son las muchedumbres las que deben indagar y discernir dónde están y quiénes son los obreros de la Ciencia. Seguirá ocurriendo, porque el Estado español, flor y fruto de la política, es por vitanda naturaleza anticientífico y antipedagógico. Para nuestra política es más fundamental encontrar un cacique hábil en la última aldea que un sabio en su laboratorio. Y usted, ciudadano, cree y cree bien, que el Estado, por medio de sus academias, de sus universidades y de su Ministerio de Instrucción pública, es el que debe seguir la labor de los que estudian y enaltecerla y premiarla, sin esperar á que nos la descubran en las revistas y en las universidades extranjeras.

El caso de Carpena es este. Hace años comenzó sus estudios de Antropología criminal. No era esta una ciencia nueva en el mundo, como no lo era la Biología cuando Cajal comenzó sus investigaciones. En España misma repercutían los es-

tudios de Lombroso y sus discípulos. La publicación de *L'uomo delinquente* puso de moda estos estudios que con menos aparato de vulgarización realizaban ya Stumpf, en Berlín; Wundt, en Leipzig; Claparede, en Ginebra, y otros médicos en los Estados Unidos. Pero una ciencia experimental como ésta, y tan varia y tan compleja, y entonces tan embrionaria, no podía estudiarse en los libros sino rutinariamente. Era un mundo inmenso—nada más inmenso que el espíritu humano—, del que no se conocían más que las lindes fronterizas con la ciencia anterior. Y era preciso buscar el documento humano y estudiarlo, caso por caso, sumando numerosos análisis para encontrar síntesis que revelaran los hechos ciertos e indiscutibles que habían de ser principios fundamentales de la ciencia nueva.

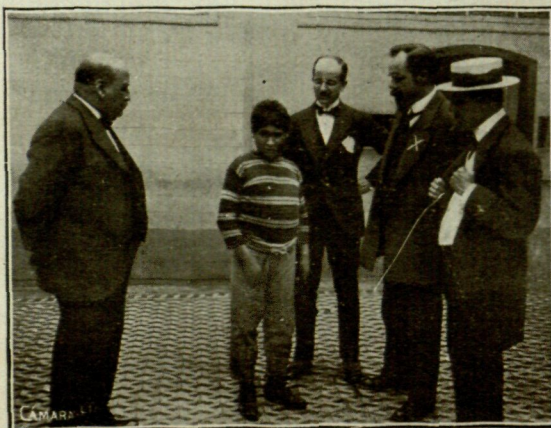
Este documento humano estaba en las cárceles, presidios y galeras; estaba en los prostíbulos del hampa; escondíase á las miradas del investigador en los recelos y perfidias que engendran en él su condición triste y el régimen duro á que vive sometido. Practica la mentira por temperamento, por hábito, por educación y por instinto de defensa. Para los creyentes de la escuela positivista italiana, que veían á la Naturaleza confesarse en los estigmas físicos de la de-

generación, en las anomalías orgánicas, este aspecto moral é intelectual del delincuente carecía de importancia. Pero, además, conocíamos á través de aquellos estudios extranjeros al criminal italiano, al francés, al alemán, al yanqui, hombres de otras razas, delinquiendo en ambientes muy distintos al nuestro, pero no conocíamos antropológicamente al criminal español.

Un ministro de Gracia y Justicia autorizó á Carpena para buscar los documentos que deseaba estudiar en esas dolientes clínicas humanas que se llaman cárceles. Y este hombre de voluntad, sin medios de fortuna, sin sueldo, sin subvenciones, emprendió su larga peregrinación por las penitenciarías de España. Al cabo de ella, con el fruto de esta labor, publicó su obra *Antropología criminal*. Sometidas las observaciones á un intenso trabajo de laboratorio, surgía en ella la doctrina nueva, la de una orientación profundamente psicológica; y ya en este punto de partida, psicológica experimental. Por misteriosa que sea el alma humana, partiendo de la Antropometría, la Fisiología y de la Patología misma, la indagación tenaz y sabia puede llegar á escrutar sus desfallecimientos y sus aberraciones.

Este libro de Carpena, apenas notado en España, fué detenidamente estudiado en el extranjero. Un profesor de la Universidad de Chicago, John H. Wigmore, recogió su doctrina en la revista del *American Institute of criminal law and criminology*. El sabio antropólogo alemán Arthur Posnansky, que es un gran hispanista, tradujo y editó algunos estudios de Carpena. Muchas revistas extranjeras incluyeron á este español entre sus colaboradores, dándole con ello medios de vida independiente. Y en España, aparte los especialistas como Salillas, Cالدالو y algunos otros, no sabíamos una palabra de ello.

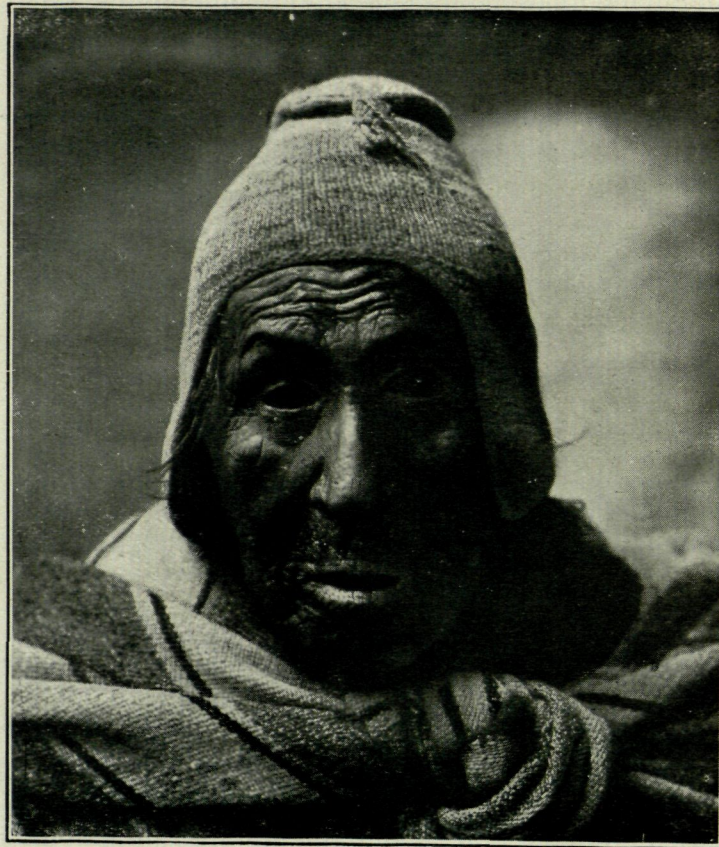
Continuó con más amplitud sus estudios, encendió en la fe de la nueva ciencia á sus amigos, con ellos fundó el Instituto Criminológico español, publicó el tomo primero de sus *Archivos*, organizó un curso de especialidades para el que se utilizó el local de la Academia de Jurisprudencia, y en esta labor le sorprendió la petición de un diplomático, del doctor Salinas Vega, embajador de Bolivia en Berlín, encargado por su Go-



Un indio antropófago recluido en la cárcel de Lima (Perú)



India aymará, de la Paz (Bolivia)



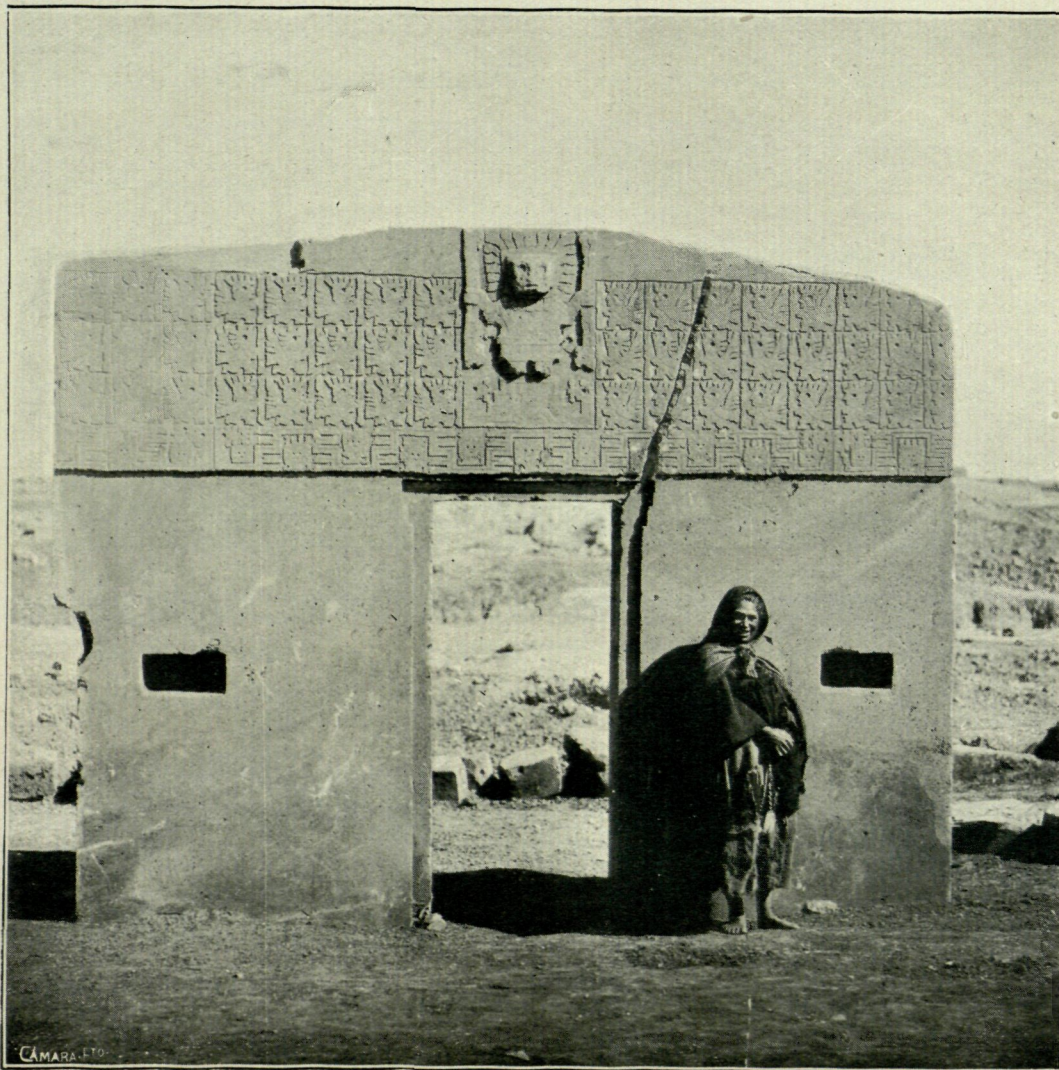
Indio aymará, de ciento veinticinco años

bierno de conseguir que Carpena fuese á aquella república para estudiar la criminalidad en las razas indias que aún subsisten en los Andes. Fuera preciso disponer de más páginas en LA ESFERA, para que pudiéramos dar idea de cómo en aquellas razas, que parecen estratificadas en edades primarias, ha encontrado Carpena verdaderos admirables de observación y de estudio que vienen á comprobar las teorías del atavismo y del salto atrás.

No hay enigma humano semejante al de ese jovenzuelo antropófago que en la cárcel es humilde y trabajador, que tiene para sus carceleros la docilidad de un perro, que es inteligente y tiene ideas religiosas, que parece bueno y que, sin embargo, en unión de otros jóvenes asesinó á una niña y se dieron el festín de sus carnes tiernas. Los brujos y los hechiceros han proporcionado á Carpena numerosos documentos en los que se mezclan infantilidades pueriles y crueldades trágicas. La gestación de la tendencia al mal y á la delincuencia en los mestizos, ya estudiada en Cuba, aporta hechos y pruebas nuevos. La influencia á través de las generaciones de la deformación del cere-

bro en los antepasados, realizada por presión exterior, viene ahora á enriquecer este maravilloso arsenal de observaciones que,

comparadas y sistematizadas en el laboratorio, comprobarán teorías y sustentarán doctrinas. Tal ha sido la labor realizada por Carpena en el Sur de América. Las universidades de La Plata, de Valparaíso y de Montevideo, que conocían á nuestro sabio por sus obras, le obligaron á dar en sus paraninfos cursos de Antropología criminal, reconociéndose hoy en todo el mundo científico que en esos estudios España está al mismo nivel de Italia, Alemania y los Estados Unidos. Y esta obra gigantesca, que no grava en un céntimo el presupuesto nacional, es, lector mío, lo que han celebrado con un banquete los que conocen á Carpena y aprecian la valía de su labor de sabio... ¡De sabio, cuyo nombre —no te avergüences de confesarlo, que españoles somos todos y todos somos culpables de ello—, no te sonaba, cuando leíste en el periódico que distrae tus ocios, la breve noticia de que le habíamos recibido alzando en su honor unas copas de champagne!...



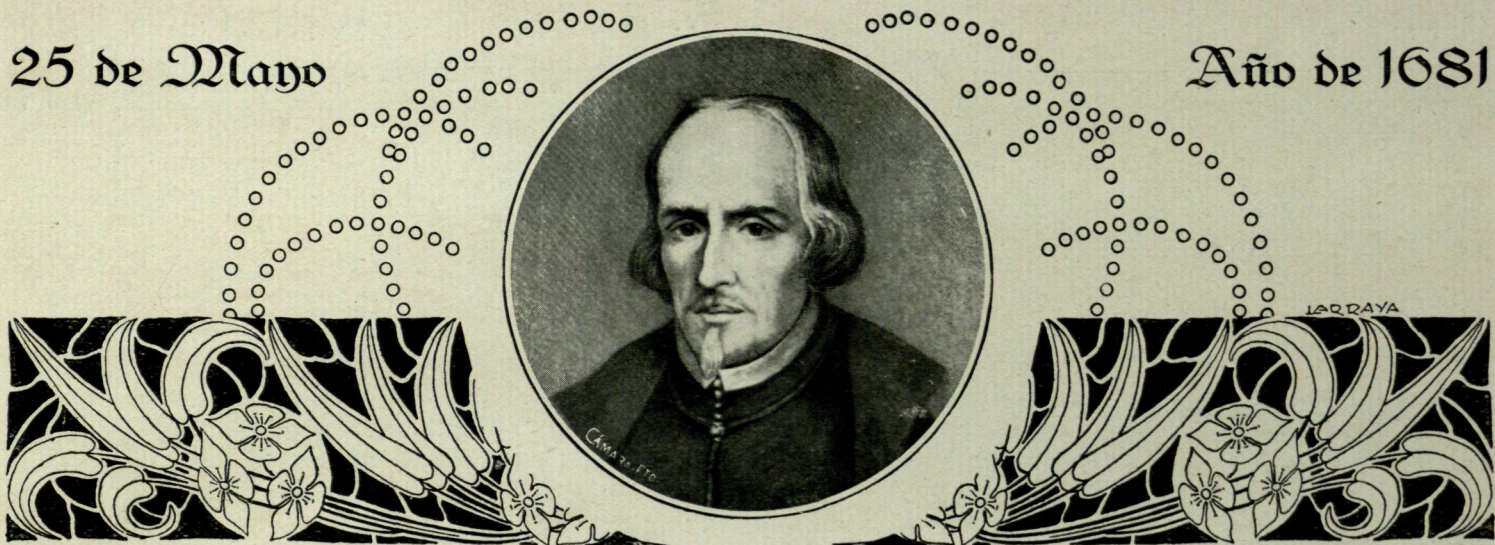
La Puerta del Sol del Templo de Tiwanaco (Bolivia)

DIONISIO PÉREZ

Una fecha memorable en las letras castellanas

25 de Mayo

Año de 1681



D. PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

Ahora, por este tiempo en que todo es sol y flores y la color alegre del cielo parece que en lo recóndito se refleja, feneció con sosegada muerte el más claro ingenio del teatro hispano, aquel clérigo Don Pedro, que esparció por todo el orbe la grandeza de su numen y las galas de la inspiración.

Nació con el siglo, y si no se fué con él como la casa de Austria, bien hasta las lindes del postigo le hizo compañía, que no más de diecinueve años faltaban para que entrara, levantisca, anodina y necia la décimo-octava centuria.

Y bien puede creerse que fué esta desventura un verdadero luto nacional, aunque no lloráranle pueblo y musas de circunstancias tanto como la de aquel otro maravilloso capellán Frey Lope Félix de Vega Carpio...

Con el Sr. Don Pedro Calderón de la Barca Henao Barreda y Riaño, fuese á la mansión de la inmortalidad aquel oro puro que embelleciera dos centurias y diera tantos bienaventurados y venerables á la corte de Apolo.

Puede decirse (por lo menos en el teatro) que los servidores que restaban todos eran de escaleras abajo, tierra baldía y seca sobre la que poco después había de florecer como cardo la escena española alentada con aires del Pirineo.

Fué Dios servido de poner finis á aquella hidalga y portentosa vida, y quedó Talía toda llorosa y sin amparo.

El nuevo é imbécil monarca, no sacó de su padre el amor al teatro, ni aun á la vida, y la corte de los poetas transformóse de allí adelante, en galera de vagos, cámara de favoritos, guarida de intrigantes, y escuela de fanatismos.

Ya había tiempo que aquella privilegiada humanidad de Don Pedro, andaba muy acabada y llena de achaques, y esto no tanto por lo avanzado de la edad, como por el lastre de los procelosos días vividos; una caída, fué quien vino á cortar aquel vivir glorioso.

En persona de algunos años menos ciertamente que no hubiere tenido importancia; en Don Pedro degeneró en una parálisis parcial, que fué recta y segura senda para el sepulcro.

Vió como la huesuda entrábasele á más andar por las puertas, y con todo rango, como es bien que lo haga todo cristiano que fía en Dios, y ve que se le esfuman las cosas temporales, dispúsose á recibirla.

Atendió primero á dejar los asuntos en claro, como dicen las gentes ordenadas. Llamó al escribano Juan de Burgos y otorgó testamento el 20 de Mayo de 1681, cinco días antes de asistir á la diestra de Dios padre.

Cierto que es curioso el tal documento, y si hubiere lugar yo hiciera aquí traslado del en su mayor parte.

Por dicho papel alcánzanse á ver dos cosas, una, cómo mi señor Don Pedro no era nada flaco de memoria ni desagrado, y otra cómo vivía holgadamente; cuatro criados atendían á su menester.

Reclinado en amplio sillón, y teniendo enfrente al escribano, dictaba Don Pedro sus últimas disposiciones, y no parecía sino que era cada una, línea del resumen de su vida pasada.

Trató en el primer folio de su entierro y según la severidad y sencillez con que dispuso que fuese ejecutada la cristiana ceremonia, dijérase que pugnaba por acallar con este silencio los vítores y lauros con que los grandes y los plebeyos habíanle premiado las flores de su ingenio.

Trató de las mandas, y en dejar por mayor he-

redera á la Congregación de Sacerdotes Naturales de Madrid, y el gran número de misas en sufragio y para bien y descanso de su ánima, representáronse sin duda, sus capítulos galantes y levantiscos y su vida de soldado.

Trató de legados y propinas y acordóse de los viejos y fieles servidores que habían sido testigos de su íntimo vivir y máquinas vivientes de su voluntad...

Fuéle luego á ver el Licenciado Juan Mateo Lozano, párroco de la Iglesia de San Miguel, y díjole que habiéndole nombrado albacea, moríase tranquilo sabiendo cómo había de cumplir puntualmente todos los puntos de su testamento.

Hallábase por el entonces entreteniéndose las horas de dolor con escribir un auto sacramental, para que acabara en la pluma de otro poeta, cuyo nombre aunque bien le tengo sabido no se me acuerda á este punto.

En fin el 25 de Mayo, domingo de la Pascua de Pentecostés, siendo las doce y media del día, fué servido Dios de llevarle de el alma. Murió con la tranquilidad del justo. Según la frase vulgar, como un pajarito.

Con él según dije, murió el teatro de la Edad de Oro.

Fué durante la vida que consagró al sacerdocio (importante suceso acaecido en Toledo por los años de 1651) un ejemplarísimo eclesiástico y jamás como Lope tornó á mezclarse en negocios ni devaneos mundanos.

Su misa, sus comedias (y estas por orden del Rey) y su olla, fueron sus cuidados.

Al día siguiente verificóse el entierro. Iba el cuerpo del ilustre autor de *El Alcalde de Zalamea*, vestido con los hábitos sacerdotales bajo los que llevaba el tosco sayal de San Francisco.

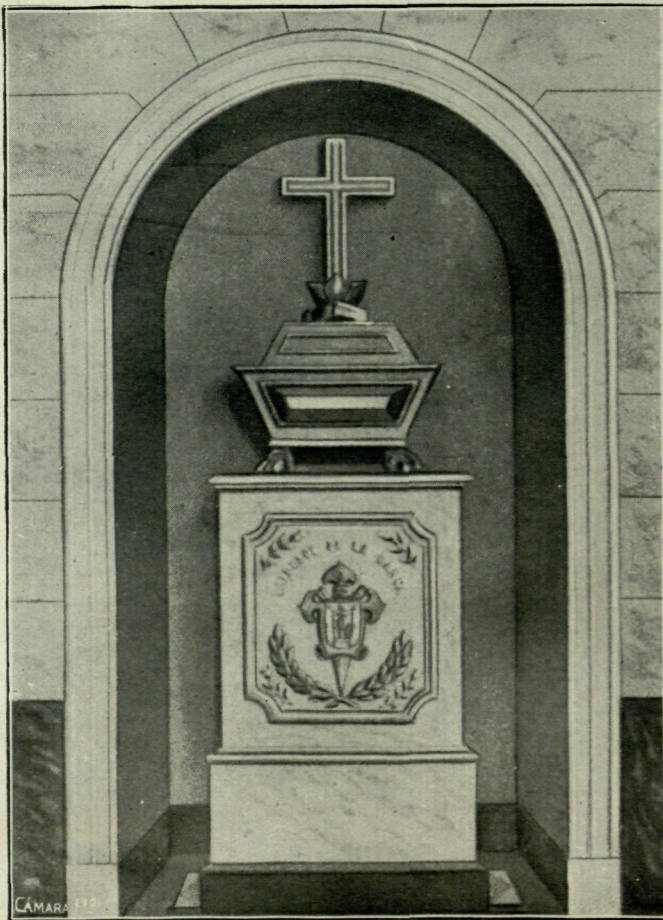
Por colcha mortuoria valíale el hábito capítular de Santiago.

Eran el acompañamiento según la postrera voluntad del difunto, doce religiosos de la Venerable Orden Tercera, doce sacerdotes de la Congregación, con cruz alzada, doce niños de la Doctrina y doce de los Desamparados.

Llegó la triste comitiva al templo del Salvador y cantada que fué la vigilia por el coro de capellanes, dióse sepultura al cuerpo en la bóveda de San José...

Hartas moradas han corrido tan gloriosos restos luego de la demolición de aquella Iglesia, y á la postre hay duda de que los que guarda la Congregación de Sacerdotes matritenses, no hayan sido nunca los del venerable capellán Don Pedro Calderón de la Barca Henao, Barreda y Riaño...

DIEGO SAN JOSÉ



Sepulchro de D. Pedro Calderón de la Barca en la iglesia de San Salvador

PAISAJES DE LA GUERRA

LAS PARADOJAS DE ESMIRNA



Caravana de camellos en la estación de Esmirna

Hay en el mundo unas cuantas ciudades predestinadas por su situación geográfica, á padecer los horrores de todas las guerras. Una de ellas es Esmirna. Si no fuese un poco aburrido recordar las viejas historias, yo contaría las innumerables trapatistas de que ha sido víctima la pobre ciudad, desde muchos siglos antes de que Jesucristo recorriera los cercanos eriales de Judea.

Cuatro ó cinco veces—la duda en estas cifras puede resolverla el lector, consultando cualquier enciclopedia—fué destruída y arrasada. Antes de César y después de César Augusto, no hubo lidiador de pueblos, romano ó griego, bizantino ó persa, que no descargara sus iras sobre la linda ciudad. Y ya en tiempos más cercanos á los nuestros, un día la conquistan los Caballeros Hospitalarios, otro los marinos de la República de Venecia, más tarde unos soldados del Papa la convierten en feudo pontificio, la hacen helena los griegos, la truecan en turca los otomanos y por si fuese esto poco, el gran Tamerlán de Persia la cerca, la rinde y la destruye, no dejando piedra sobre piedra. Esmirna, como el fénix simbólico, resucita después de cada desastre, más grande, más bella, más original.

Cuando no fué la ira de los hombres, designios providenciales castigaron á la pobre Esmirna, de no se sabe qué tremendos pecados. Muchas veces el terremoto la ha estremecido y el incendio la ha arrasado, como á Sodoma y á Gomorra. En el último especialmente, en el siglo



Esmirna y su bahía, vista desde el monte Pagus

pasado, en 1845, se quemaron en una sola noche más de cuatro mil casas. La inmensa hoguera doró con sus resplandores el Mar Egeo, desde las ruinas de Troya hasta las de Rodas, las muertas ciudades que tienen su origen en los misteriosos confines, donde acaba la Mitología y empieza la Historia.

Pero no es de esta Esmirna de la que yo quiero hablaros, sino de la que yo he visto, de la que existe ahora, de la que han bombardeado estos pasados días las escuadras francesa é inglesa, sin lograr apoderarse de ella. No hay ciudad española con que compararla. Se parece un poco á Vigo, si Vigo estuviera, no en el borde de una ría, sino en el fondo de una bahía veinte veces mayor que la de Cádiz, cerrada enfrente de la ciudad por una península montañosa, y embellecida la planicie del agua por los promontorios, de cinco islas, todo verdor, una de las cuales es tan grande como la isla Cabrera, en nuestras Baleares.

Así, puede imaginársela bien quien conozca estos lugares de España. Soñad una vertiente de montaña que desciende oblicuamente hasta el mar; poned en esta ladera una ciudad cuatro veces mayor que Vigo, adornadla en la parte baja con hoteles á la europea, rodeados de jardines y con grandes casas modernas, y en la parte alta con minaretes turquescos, cimborrios de mezquitas y las ruinas de una vieja fortaleza, y contemplaréis á Esmirna, vista desde el mar.

Es alegre, varia y pintoresca como todas las



Calle de Esmirna, donde están las tiendas de turcos y judíos



Café turco en Esmirna



Cementerio musulmán de Esmirna

ciudades de este rincón del Mar Egeo, donde se mezclan y confunden la religión, las costumbres, los negocios, toda la vida de tres continentes: Europa, Asia y Africa. Pero, además de ser tan alegre, tan varia, tan pintoresca como Constantinopla, como el Cairo, como Puerto Said, como Beirut, como Damasco, como todas ellas juntas, es admirablemente paradógica.

Para juzgar de estas paradojas, bueno es saber que la ciudad está dividida en dos partes; mejor sería decir que son ciudades distintas. En la parte alta, la ciudad turca, con su natural mezcla de judíos; abajo, en derredor del puerto y en las lindes de la playa, la ciudad europea, extraño mundo de negociantes y de turistas, de espías, viajeros y truchimanes, de cómicos, danzarinas y aventureras, en el que se mezclan los tipos más extraños; todos los pueblos de Europa y aun algunos de América y de Australia, tienen allí representación. Y en plena Asia Menor, en pleno imperio otomano, en plena tiranía y barbarie orientales, esta población europea de Esmirna es libre, autónoma, independiente; constituye una especie de república federal, donde cada colonia es dueña absoluta de sí misma, bajo la jefatura del cónsul de su nación.

—Yo soy el ciudadano más libre que hay en el mundo—me decía un nicaragüense que encontré en Esmirna, el único nicaragüense que allí había.—Soy cónsul de mí mismo; mi único jefe y mi único vasallo en esta ciudad bendita, donde el cónsul tiene la misma autoridad que el Sultán.

Así, Esmirna, es algo más que una ciudad internacionalizada; es una federación de colonias extranjeras, y la libertad es

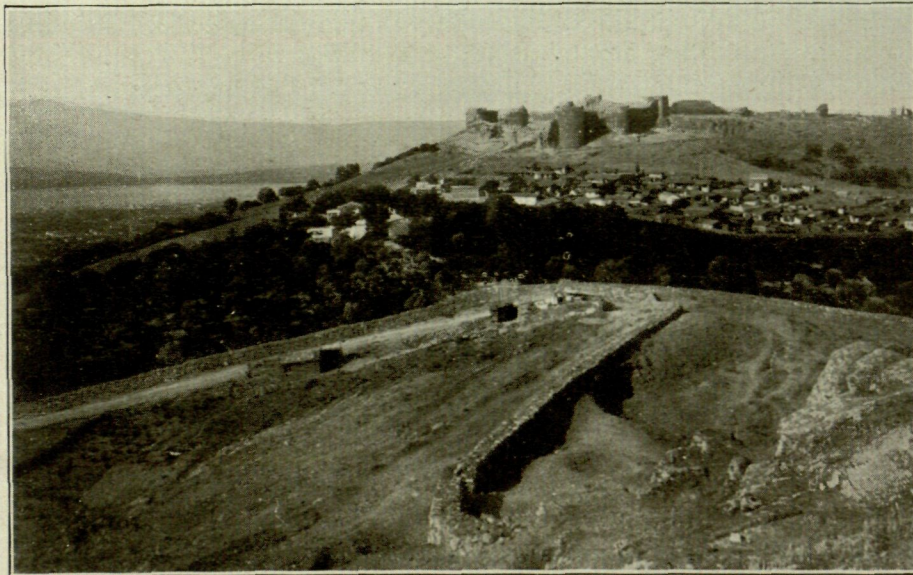
tanta y tales las garantías de independencia, que hay allí truchimanes y aventureros que se mudan de colonia, esto es, de nacionalidad, como aquí en Madrid se muda uno de piso.

El tráfico del puerto es una nueva paradoja. Llegan afanosamente los buques, descargan las mercancías apresuradamente, y cargan las que hay sobre los muelles destinadas á Europa y á América, como si trasportarlas corriera mucha prisa. En el puerto todo es bullicio, ruido, tráfico incesante, vocerío en veinte idiomas, pero allí mismo, junto á aquel movimiento vertiginoso están las caravanas de camellos, con los ojos entornados, el belfo rumiante... Ellos en lentas jornadas, han traído de Persia, de Siria, de Palestina, de Afganistán, estas cargas de seda, algodón, lana, cera, higos, opio y esponjas, y ellos, en lentas jornadas, desparramarán por el interior de Asia los productos industriales que

Europa envía. En aquel muelle acaba la inquietud europea, y comienza la impasibilidad y la lentitud orientales.

Subiendo á la ciudad otomana, entre estos callejones de misterio y de sombra, donde resuena el eco de las voces del *muezzin*, encontramos otra paradoja. Entramos en la vía comercial de musulmanes y judíos. Es una calle algo más ancha que las demás. Las tiendas tienen una sola puerta, cortada por el mostrador, de modo que el cliente queda en la acera; son tenderetes ruines, con algunos anuncios en los quicios y dinteles, con algunas banderolas en los balcones; en el fondo oscuro de los tenduchos veis al comerciante, moro ó hebreo, dormitando. ¿Qué miserables baratijas venderán en estos antros? Golpeáis en el mostrador. El tendero acude lentamente y os habla en una rara jerga, donde se confunden palabras de todos los idiomas, acompañadas de una mímica expresiva. Y he aquí ya sus mercaderías sobre el mostrador... Es como un cuento de hadas. Es como si un mago fuera arrancando con su varita torrentes de luz, de aquel antro sombrío... Y os retiráis, palpando vuestros bolsillos, temerosos de que se os queden exhaustos...

¡Y todo este mundo misterioso, bello, admirable, se ha estremecido estos días bajo los zambombazos de los cañones ingleses y franceses! ¡Todo este mundo ha podido ser derruido, incendiado, arrasado como en tiempos anteriores á Jesucristo, como cuando temblaba el Oriente entero ante las iras del Gran Tamerlán de Persia! ¡Oh, sin duda, la Humanidad está loca!



Ruinas de las antiguas fortalezas de Esmirna dominando la ciudad

FOTS. HIELSCHER

MÍNIMO ESPAÑOL

POR EL BIEN DE ESPAÑA

EL PUERTO DE PASAJES



Un pintoresco aspecto de la barriada de pescadores de Pasajes, visto desde el puerto

UNA excursión á Pasajes es quizá el mayor de los atractivos con que brinda al forastero la vida veraniega de San Sebastián.

Por lo bello del panorama, feracísimo como todos los de aquellos alrededores, agreste y pintoresco, por lo extraño de su caserío, que parece trepar por la montaña ó descender de ella hasta el mismo borde del mar, en cuyas ondas tranquilas se refleja con todos los destellos de sus líneas, de sus balcones corridos de tosco barandal, de sus cornisas avanzadas, preservadoras de las lluvias y, sobre todo, por el encanto indecible que ofrece á la vista aquel conjunto en que la Naturaleza parece que quiso reunir todos sus atractivos y la mano del hombre antójas que procuró realzar la obra dando á las viviendas el carácter sencillo y rústico que corresponde á aquella belleza primitiva y apacible, es la villa citada una de las que más recrean los ojos y el espíritu del viajero y de las que más eficazmente han de servirle para dar á su ánimo y á sus pulmones la expansión y la calma de que les priva la existencia bulliciosa de la ciudad.

No bien se llega al puerto y se contempla el panorama, experimentase una sensación deliciosa de sosiego y de bienestar. Aquellas viejas casas brindan descanso, como el agua tranquila en que se reflejan invita á un delicioso paseo á bordo de una de aquellas lanchas que se mecen apaciblemente en las orillas. Si se acepta la invitación y se desembarca en el lado opuesto y

se sube á la villa, que parece trepar por la montaña, y se recorren sus calles tortuosas, sombrías, en las que de vez en cuando aparecen, entre los pétreos muros de las casas, angostas aberturas por las que se divisa el luminoso cuadro del mar, el encanto y la sorpresa serán mayores, porque á cada momento irá alejándose del espíritu la idea del poblado moderno con su agitación y su trajín, é ira enseñoreándose de él la impresión de olvido y de abandono de una vieja villa de pescadores, lejana del ciudadano laberinto é ignorante del progreso, de la comodidad y del lujo de la gran urbe.

Entre aquellos caserones fronteros al mar al-

gunos se destacan por su amplitud y por lo vistoso de su aspecto. Los escudos señoriales labrados en la piedra sobre el portalón de algunos de ellos, los enrejados de sus ventanas y los adornos de las cornisas y los aleros bien elocuentemente hablan de la noble estirpe de los que fueron sus propietarios. Muchos se encuentran ruinosos y las grietas y los resquicios de sus muros sirven de albergue á la hiedra y al jaramago.

De vez en vez una tapia que defiende un jardín se corta bruscamente para marcar la entrada á una calle que sube en empinada cuesta estableciendo la comunicación con otra cuyo suelo se encuentra tres ó cuatro metros más alto que el de la que pisa el observador en aquel momento. Como la población sube por la montaña, hay en las calles paralelas desniveles inverosímiles, cuevas y recodos de agreste y rústica belleza que parecen una rebelión al dominio del hombre, algo que pudo librarse de su poder tiránico y avasallador.

En la penumbra de un túnel, cuya bóveda sustentadora de algunas viviendas establece la comunicación con la otra parte de la villa, que de otra suerte quedaría aislada, recórtase el cuadro luminoso del muelle, que dibuja el macizo de su orilla sobre las aguas verdosas en que la luz del sol marca cabrilleos deslumbradores.

Los palos y el cordaje de un barco, ó la panza de los lanchones, que un poco más allá reposan en la arena, marcan sus



Un bello rincón del puerto de Pasajes

enérgicas líneas sobre aquel fondo de intensa luz que atrae la vista por su brillantez y por su encanto.

ooo

Entre las viejas casas señoriales y las rústicas viviendas de los pescadores que hemos podido ver en los dos Pasajes, el de San Juan y el de San Pedro, ha quedado en nuestra memoria, sobre todas, la que se denomina de Víctor Hugo, no por su belleza ni por su lujo arquitectónico, sino por lo que dice á la imaginación el hecho de que en ella viviera el gran novelista, pensador y poeta de allende el Pirineo.

Quizá entre aquellos rústicos muros, sobre una tosca mesa, trazó el literato insigne algunas de las páginas inmortales de sus libros; tal vez contemplando aquel panorama de belleza grandiosa, respirando las emanaciones de aquel mar, observando los tipos y las costumbres de aquellas rudas gentes, surgieron en su imaginación algunos de los pasajes de sus obras. La casa está allí como una verdadera reliquia y debe ser conservada como un santuario.

ooo

El puerto de Pasajes, que fué el mejor refugio de los buques que navegaban por aguas del Cantábrico, y del que aseguran los que de estas cosas entienden que por sus excepcionales condiciones debiera ser considerado como el mejor



Arco llamado de "Los Gentiles" en Pasajes de San Juan

puerto militar de España, ha ido poco á poco desmereciendo, lo mismo que la villa, á causa del abandono en que se dejan estas cosas en nuestra nación por ignorancia y por desidia.

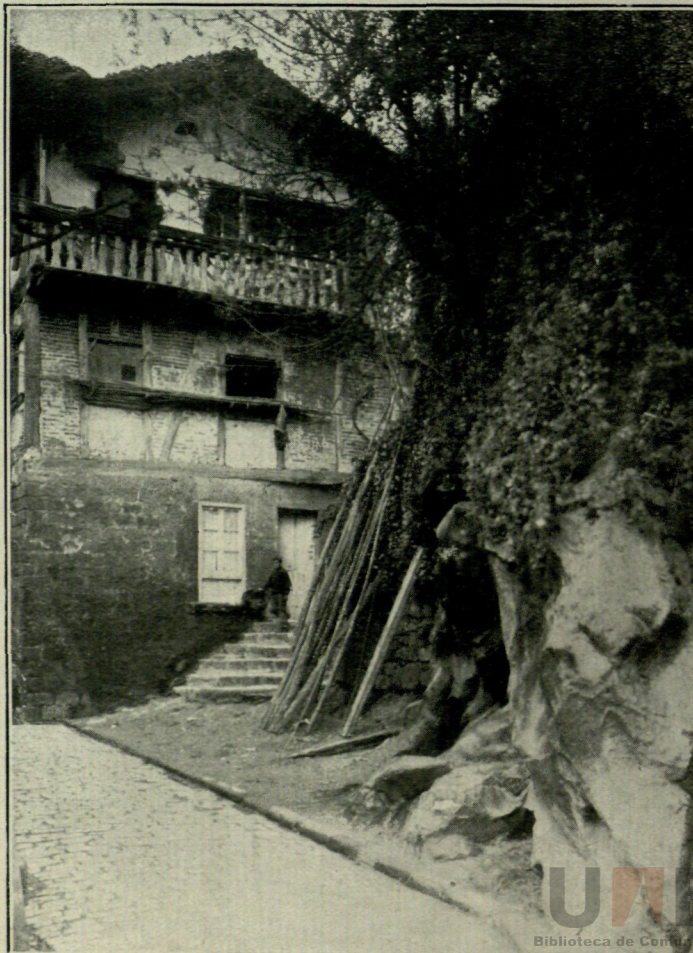
Los aluviones y los constantes acarreos del Oyarzún han ido cegándolo. Toda la parte interna y las orillas del canal de entrada han sido invadidas por la lama en tales términos, que á baja mar de mareas vivas se queda en seco una parte de él hasta cerca de las casas, y es de tal espesor la masa de fango depositada en la cuenca del puerto, que en distintas calas que se han hecho no ha podido llegarse al fondo sólido

jes, á la vez que el mejor puerto de refugio de la costa cantábrica, el de más adecuadas condiciones para el tráfico marítimo de aquella importante región, está por emprenderse con la decisión y los medios indispensables para que resulte práctica y definitiva. Ya que por la escasez de medios de que puede disponer la Diputación Provincial no es posible esperar que se lleve á cabo esta importante mejora del puerto de Pasajes, debiera el Estado tomar carta en el asunto para resolverlo con la premura que el interés nacional demanda.

JUAN BALAGUER

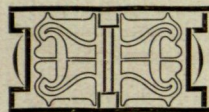


Casas de pescadores en Pasajes de San Pedro

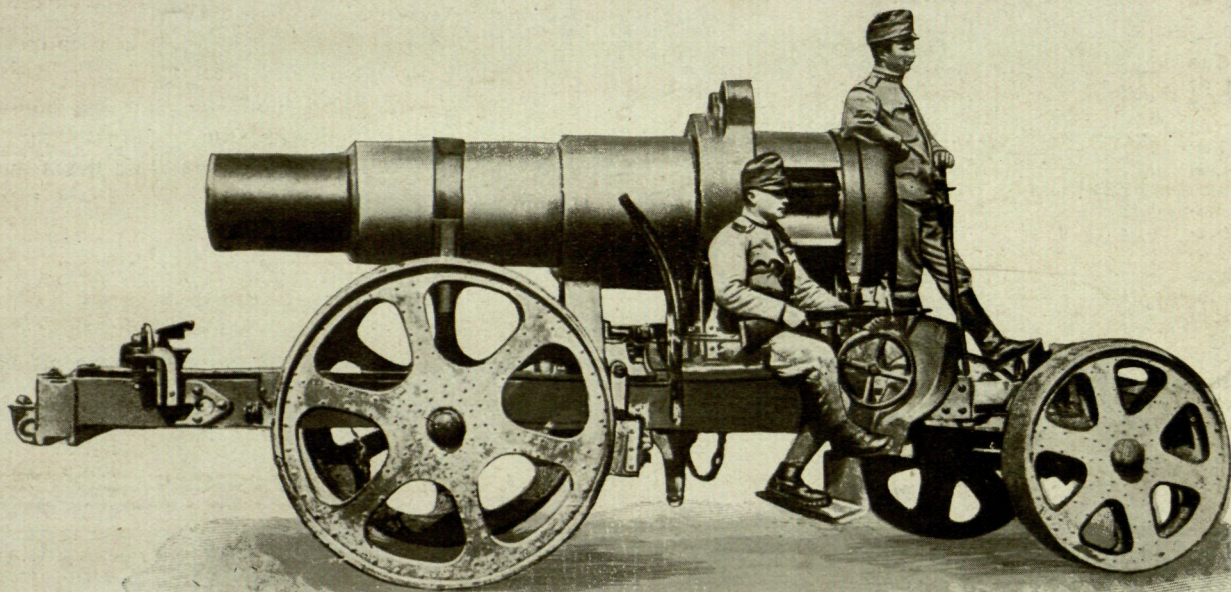
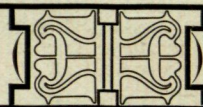


Un bello rincón de Pasajes de San Pedro

FOTS. LECUONA



LOS CAÑONES GIGANTES MORTERO AUSTRIACO DE 30,5 CENTÍMETROS

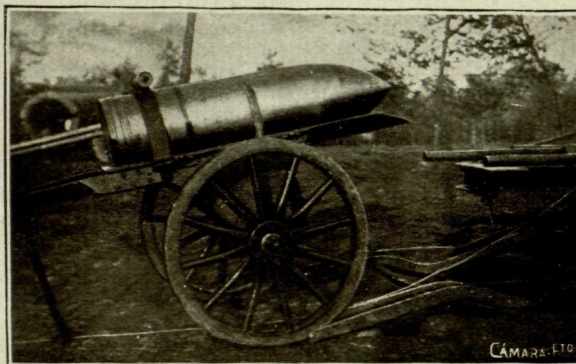


Mortero austriaco, Skoda, en tren de marcha

EN los albores de esta ruda pelea, el éxito destructor del terrible 42, le proclamó rey de los cañones; nada se resistía á sus hecatómbicos disparos, la potencia explosiva de sus enormes proyectiles, el acierto eficaz de su puntería lejana, bastaron para derruir fortalezas tenidas hasta entonces por inexpugnables, y su presencia era signo de victoria y su sólo anuncio seguridad de triunfo. Del 42 se forjó una leyenda; en él todo era secreto y él se sobraba para finiquitar la campaña. Su voz era temida. No reconocía rival y nada se oponía á su avance.

Estos morteros gigantes fracasaron siempre en el curso de la historia artillera; el mortero francés *Comminge* de 50 centímetros, que disparaba bombas de 255 kilogramos; se empleó con escaso éxito en los sitios de Mons, Taerbach y Tournay en los siglos XVII y XVIII; el mortero belga del coronel Paixhan de 60 centímetros, lanzaba bombas de 587 kilogramos y también fracasó en el sitio de Amberes en 1832, durante la guerra de la independencia belga; el mortero inglés de Palmerstor que al cuarto disparo se inutilizó; el mortero veneciano de 46 centímetros y tantos otros, sólo fueron ensayos inútiles que hicieron abandonar la idea de los grandes calibres, hasta que los germanos pusieron en escena ese mortero titánico y misterioso que apagó sus mortíferos fuegos en los comienzos del invierno, y aun calla y concibe.

Mas dejando á un lado la maravilla balística que los alemanes conocen con el burlesco nombre de *Doña Berta*, ninguna pieza terrestre llega en precisión, alcance y eficacia á los morteros Skoda de 30,5. Realizan estas baterías un ideal sólo logrado por ellas, el de la movilidad de las grandes piezas, para emplazar-



Proyectil para los morteros austriacos de 30,5 centímetros

las donde sean precisos sus disparos. La pieza va montada en una cuna que se mueve en los brancales de la cureña. En la cuna van los cilindros de freno, y en la parte inferior el aparato recuperador que vuelve al cañón á su posición

primitiva, después de efectuado el disparo. A la cureña va unida la disposición para la carga, con dos estribos para los sirvientes y entre los estribos, la palanca que soporta la teja receptora del proyectil, esta palanca se levanta á brazo y tiene dos grandes resortes que la colocan junto á la recámara del mortero. Un atacante introduce en aquella el proyectil. El cartucho que se coloca á mano, es de latón, que en el disparo obtura por presión las paredes del ánima.

El disparo se efectúa valiéndose de un tirafricter que suelta el resorte.

Bastan cuarenta ó cincuenta minutos para el montaje y emplazamiento en batería de esta pieza. El transporte por carretera se hace por medio de tres carruajes automóviles, uno para la cuna, otro para la cureña y otro para la pieza. Sirven cada mortero nueve hombres, de los cuales uno efectúa la puntería en altura, otro la puntería en dirección, y otro dispara. El ruido del disparo es un poco mayor que el de los cañones ordinarios, sin que llegue á causar molestias excesivas en los artilleros que sirven la pieza. Pesa el proyectil

ojival 580 kilogramos, puede dispararse con un ángulo de 75 grados, alcanzando una altura máxima de 4.000 metros en su trayectoria. De aquí que el efecto destructor del proyectil, aparte su enorme fuerza explosiva, sea tremendo.

Material excelente construido en Pilsen, por la casa Skoda, auxilió con terrible eficacia al 42 en los sitios de Namur, Maubeuge, Lille, Camps de Romaines y Amberes, contribuyó á la desesperada defensa de Przmyśl, y fué actor decidido en las luchas del Dunajec y del Nida.

Titánico el mortero Skoda arrasa, horada la tierra y siembra desolación y pánico.



Mortero austriaco, Skoda, de 30,5, en posición de disparo

CAPITÁN FONTIBRE



Festival en la Plaza de Toros

El domingo, 6 del próximo, á las diez de la mañana, se verificará en la Plaza de Toros de Madrid un festival de convite, organizado por los empleados de Coches-Camas en Madrid, en honor de los compañeros que pelean por su patria. Se lidiarán cuatro becerros erales; habrá su correspondiente «Don Tancredo». Distinguidos ciclistas perseguirán y cazarán gallos en bicicleta. Las bellísimas hijas de los Excmos. Sres. Marqueses de Santo Domingo y de Monteagudo se han dignado patrocinar esta fiesta, prestándose á presidirla, asesoradas por nuestro compañero Angel Caa-maño. Dadas las simpatías con que cuentan los empleados de Coches-Camas, no es aventurado asegurar que toda la aristocracia madrileña se reunirá en nuestro circo taurino el domingo próximo. La Comisión organizadora ruega, por nuestro conducto, á cuantas familias no hayan recibido invitación, pasen á recogerla á las oficinas de la Compañía, Alfonso XI, 2.

Ferrocarril de Madrid á Cáceres y Portugal

Con objeto de facilitar al público la asistencia á las fiestas que durante los días 28 al 31 del actual habrán de celebrarse en Cáceres, la Compañía de Ferrocarriles del Oeste de España ha acordado establecer un servicio especial de trenes, de cómodo horario y precios reducidísimos.

Los billetes serán de ida y vuelta, y la tarificación, horario y estaciones del trayecto puede verse en los carteles que ha colocado la Compañía en sus despachos y estaciones.

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

EDITADA POR "PRENSA GRÁFICA S. A."

Director: Francisco Verdugo Landi ☐ Gerente: Mariano Zavala

Número suelto: 50 céntimos
Se publica todos los sábados

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA	EXTRANJERO
Un año. 25 pesetas	Un año 40 francos
Seis meses. . . 15 "	Seis meses . . 25 "

ULTRAMAR: REPÚBLICA ARGENTINA

Un año. 25 pesos, moneda nacional
(Dirigirse á los concesionarios exclusivos:
Sres. ORTÍGOZA y COMPAÑÍA—Rivadavia, 693)

PAGOS ADELANTADOS

Diríjanse pedidos al Sr. Administrador de "Prensa Gráfica", Hermosilla, 57, Madrid ♦ Apartado de Correos, 571 ♦ Dirección telegráfica, Telefónica : : : y de cable, Grafimun ♦ Teléfono, 963 : : :

TAPAS

para la encuadernación de
"LA ESFERA", confec-
cionadas con gran lujo

DOS TOMOS PARA EL AÑO DE 1914

Á 4 pesetas cada juego de tapas
para un semestre

SE VENDEN EN LA ADMINISTRACIÓN DE Prensa Gráfica (S. A.)
HERMOSILLA, 57

MADRID

Biblioteca de Comunicació
i Hemeroteca General

Para envíos á provincias añádense 0.40 de correo y certificado

JABÓN FLORES DEL CAMPO



—Dime qué jabón gastas, te diré quién eres.

—Los que usan “Flores del Campo” se acreditan de buen gusto.

IMPRESA DE «PRENSA GRÁFICA», HERMOSILLA, 57, MADRID



PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS

UAB
Biblioteca de Comunicació
i Informació

150/137